

PUNTO

ROJO



**¡PLASTICO!**

mikky roberts



MIKKY ROBERTS

## PLÁSTICO

1.ª EDICIÓN  
JUNIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ





**CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL**



**APTA PARA TODOS**

**DEPOSITO LEGAL B 15050 - 1962**

**PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA**

**© MIKKY ROBERTS - 1962**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 · Barcelona · 1962**

**N. R. 2608/62**





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

**En Colección BISONTE:**

**711. - Legado sangriento.**

**En Colección SERVICIO SECRETO:**

**588. - Sangre sobre mí.**

**En Colección BÚFALO:**

**395. - Bueno con el revólver.**

**En Colección CALIFORNIA:**

**247. - Corazón violento.**

**En Colección TEXAS:**

**271. - La ciudad del crimen.**

**En Colección COLORADO:**

**129.-. Tras las huellas del muerto.**

**En Colección KANSAS:**

**174. - Muerte a plazo fijo.**

**En Colección ASES DEL OESTE:**

**112. - Tejano y testarudo.**

**En Colección BRAVO OESTE:**

**15. - El peor hombre de Kansas.**

**En Colección PUNTO ROJO:**

**8. - Al margen del horror.**



# ***iPlástico!***

*por*  
**MIKKY ROBERTS**



*Robo*

## CAPÍTULO PRIMERO

La sala del «Burlesque» guardaba un respetuoso silencio a la vista del espectáculo que les ofrecía Gigí desde la pista circular. Solamente un foco bañaba su piel pálida y joven; por ello, su rostro quedaba a veces en la sombra, enigmáticamente, haciendo aún más turbadora su exhibición. Salvo mínimas lamparitas sobre cada mesa, la oscuridad más profunda reinaba en la sala. Una orquesta invisible desgranaba un *swing*, a cuyos compases Gigí repetía a diario la exhibición de sí misma. «Burlesque» no era un local de altos vuelos, sino uno más en el Barrio Latino de París. En lo único quizá que superaba a los demás, era en el aire sencillo y natural de sus mujeres. No tenían el aire profesional de los grandes espectáculos, sino, incluso, a veces, la torpeza de las que inician su carrera, una torpeza encantadora para los amantes del género.

Ken Baxter, tras el biombo que ocultaba el pasillo por el que salían las artistas, aguardaba a que terminara Gigí. La orquesta emitió el acorde final, y Gigí se inclinó en un escorzo gracioso de gacela joven. Durante unos segundos continuó el silencio, electrizada la concurrencia y luego, de pronto, el estallido de los aplausos.

Gigí saludó de nuevo, se apagó el foco, y la muchacha corrió hacia el biombo.

Casi tropezó con Ken. Él la sujetó por los fríos brazos.

—Oh, quién...

Las luces se encendieron al otro lado y una doncella envolvió a Gigí en una elegante bata.

—Hola, Ken —saludó Gigí—. Me has asustado. ¿Qué haces aquí? Hoy es el día libre de Nicole.

Baxter parpadeó. Al hacerlo, las mujeres decían que adoptaba expresión de galán joven de Hollywood. Sus ojos oscuros y expresivos miraron con más atención a Gigí.

—¿Estás segura?

—¿Cómo no voy a estarlo? Me pidió que hiciera su número por ella y tuve que renunciar a mí día de descanso.

Habían llegado ante una puertecita marcada con el número tres. Gigí la abrió y encendió la luz. Era un mínimo camerino con un espejo, un tocador y otro biombo en un rincón, sobre el que había multitud de prendas.

La muchacha entró, y Ken se quedó en el quicio, todavía sorprendido.

—Si quieres continuar la conversación, entra y cierra, pero no te quedes ahí.

Ken lo hizo y se recostó contra la madera. Gigí le sonrió por encima del biombo.

—¿Te ha plantado Nicole?

—Hace dos días que no la veo.

—¿Habéis reñido?

—No.

—¿Estás seguro? Los hombres no conocéis nunca a las mujeres, y quizá la has ofendido sin saberlo. Tenéis muy poca sensibilidad, Ken.

Sonreía con descaro, burlándose de él. Gigí era una morena de ojos llameantes y labios gruesos, sensuales. De entre el elenco del «Burlesque» ella cosechaba más aplausos que nadie por su desenfado y su frenética vitalidad.

—¿Dónde puede estar, Gigí?

—Quizá en su casa.

—No. Pasé antes por allí. Hace días que no la ven.

—¿Días? —Arqueó las cejas.

Ken no fue más explícito, pero tampoco era preciso.

—¿No puedes pensar que pudo cansarse de ti, Ken? Hay otros hombres en el mundo.

—Cierto.

—Hombres atractivos y... con dinero. Según dice Nicole cobras buenos dólares como corresponsal de ese periódico americano, pero quizá ha encontrado un millonario. O un príncipe árabe.

—Nicole no abandonaría en mi apartamento sus joyas y buena parte de su vestuario. La conozco bien.

—Bueno, ¿qué vas a hacer? Hoy tengo la noche libre.

Salió del biombo, moviéndose felinamente. Su cuerpo fibroso adquiriría proporciones espectaculares con la ropa.

—¿Quieres cerrarme esta cremallera?

Se volvió, mostrándole la espalda desnuda. Ken lo hizo despreocupadamente, y Gigí le miró, como sorprendida por la pasividad masculina.

—Buscaré a Nicole.

Ella le abrazó de pronto, estrechamente. Ken posó las manos en la cintura femenina, percibiendo el calor de aquel cuerpo. Gigí le besó largamente, entrecerrados los ojos. Era una mujer alta y apenas tenía que empinarse para llegar hasta él.

La apartó. La expresión de Gigí era radiante, y Ken se dijo que aquella expresividad era un homenaje que a muy raros hombres dispensaría.

—Tengo mi coche ahí fuera —informó Ken.

Ella se echó sobre los hombros una estola de visón y cogió un bolsito de noche.

—No son más que las doce; aún podemos tomar una copa por ahí —dijo Gigí.

Una vez en el coche de matrícula americana, Gigí suspiró.

—Eres un buen muchacho, Ken, y Nicole es tonta si te ha abandonado.

Baxter puso el vehículo en marcha. Suavemente, rodó por el dédalo del Barrio Latino.

—Temo que algo haya podido ocurrirle.

La artista le miró con curiosidad.

—Oh, no.

—Es un presentimiento.

—¿Acaso no concibes los caprichos femeninos?

—No.

Suspiró ella.

—¡Oh, vosotros, los americanos, con vuestra mentalidad primitiva!...

Ken apretó los labios.

—No debes ofenderte, querido —insistió Gigí—. ¿Qué sabéis vosotros del temperamento latino? Una mujer puede sentir un deseo, y cuando eso ocurre, hay que satisfacerlo. De otra manera, una sería terriblemente desgraciada.

—¿Qué deseo podía acometer a Nicole?

—No sé. Quizá tiene una madre en algún rincón de Francia y necesitó verla.

—¿Sin despedirse?

—Ella te conoce mejor que yo y debe saber que no es fácil meterte ciertas ideas en la cabeza.

—Oye, Gigí, creo que me estás tratando como si fuera un hombre de la selva.

La muchacha volvió a reír y se recostó en el hombro masculino. Los cabellos oscuros exhalaban un perfume agradable y sugestivo.

Ken salió del barrio y enfiló las grandes avenidas del centro. Su frente continuaba plegada en numerosas arrugas, que delataban su preocupación.

—¿Conoces los lugares que frecuentaba Nicole, sus amigos o sus distracciones habituales?

Gigí se situó erguida en su asiento.

—¿Vas a pasarte la noche hablando de Nicole?

—Quiero buscarla.

—En ese caso, para el coche y yo me buscaré compañía más distraída.

Ken detuvo el vehículo en el bordillo, pero Gigí no hizo ademán de salir.

—No has respondido a mi pregunta, Gigí. Es importante.

Encendió un cigarrillo y miró a la estrella del «Burlesque». Ella había perdido su radiante coquetería a impulsos de su enfado. Ken le acarició la mano, que ella retiró.

—Será mejor que nos despedamos.

Abrió la portezuela y saltó a la acera. Baxter la vio marcharse con paso vivo y cimbreado. A aquellas horas, París languidecía y el tráfico era escaso. En la gran ciudad se advertía la tensión que la O. A. S.

había transmitido a la media docena de millones de habitantes de la capital; una tensión que las bombas de plástico habían impulsado hasta un límite que ningún parisino hubiera soñado años atrás, cuando París era la capital de la alegría y la diversión.

Gigí tomó un taxi en la esquina opuesta, y Ken puso su coche en marcha con un suspiro. Había defraudado a la muchacha. Ella deseaba su compañía por unas horas y él se había permitido el lujo

de desdeñarla. No se le ocultaba que Gigí le odiaría durante mucho tiempo.

Lanzó una bocanada de humo y pensó en Nicole. La conoció en el «Burlesque», cuando interpretaba uno de sus clásicos números. Él estaba en la primera fila de mesas y sus miradas se encontraron varias veces en el transcurso de la exhibición. Luego, él la aguardó ante su camerino. La atracción mutua se había producido, y lo que siguió resultaba lógico en París y en aquel ambiente. Nicole era una muchacha impulsiva pero muy interesada, no en vano había tenido una niñez miserable. Había conocido demasiadas veces el hambre durante la ocupación alemana y se había propuesto ganar una fortuna para mantenerse a salvo de cualquier contingencia en el futuro. Amor y dinero eran los dos polos de su vida. Después de aquello, nada, ni una sola idea propia. Ken no la apreciaba ni por su inteligencia ni por su conversación. Era tan sólo un animal primitivo y hermoso, como un gato de lujo sobre el mejor almohadón de la casa. Sus raptos de cólera infantil eran consecuencia de algún capricho insatisfecho, por eso Ken sabía que no le había dado motivos para abandonarle sin una sola palabra. De estar enfada, se lo habría hecho saber con todo el primitivismo de su carácter.

No había acudido al «Burlesque» desde el día anterior y había pedido fiesta. ¿Para qué? Tampoco había pasado por su domicilio para dormir o recoger algo, de modo que debía llevar el mismo vestido color fucsia con el que abandonó su apartamento, y ella era incapaz de lucir un día completo la misma ropa, cuando menos dos.

Según las palabras de Gigí, Nicole había estado en el «Burlesque» la noche anterior. Según sus noticias, era aquélla la última pista que quedaba de ella.

Viró en redondo y regresó al Barrio Latino. Solamente allí había animación todavía. Los locales, las tabernas, los clubs más o menos equívocos permanecían abiertos, y una clientela confusa, extraña y casi siempre aburrida iba de un lado a otro, sin encontrar verdadera razón para vivir.

Había algunos coches ante el aparcamiento del «Burlesque». Cerró la llave del contacto y entró en el local por la escalerilla de piedra que conducía a la cueva.

La atmósfera era pesada y estaba llena de humo y de sudor. La

clientela había cambiado en su ausencia. Casi toda estaba formada en aquel instante por turistas conducidos en manada por las agencias de viajes que hacían el *tour* «París by night», gentes que jamás habían salido de sus ciudades provincianas en cualquier rincón de Europa y que acudían a París con una ansiedad furtiva, conscientes de estar asistiendo a un espectáculo prohibido y demasiado fuerte para sus paladares.

Había unas chicas en la pista; chicas que bailaban aunque lo importante no era eso. Sus cuerpos jóvenes eran un canto de vida brutal que se burlaba de la cazurrería de los espectadores.

Ken buscó una mesa discreta e hizo una señal a un camarero.

—Buenas noches, señor Baxter; no pensaba que volveríamos a verle hoy. ¿Acaso Gigí no se portó bien...?

—No seas curioso, André. ¿Tienes prisa?

El camarero echó una ojeada a la sala.

—No, mientras dure el espectáculo; los turistas no se enterarán de que tienen la garganta seca hasta que se enciendan las luces. Dos minutos quizá.

—Se trata de Nicole.

El periodista sacó unos billetes que desaparecieron entre los dedos ágiles de André.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Cuándo la viste por última vez?

André hizo memoria.

—Ayer, señor.

—¿A qué hora?

—Muy temprano; demasiado para sus costumbres. Vino a las nueve, más o menos, y su número no entraba hasta las once.

—¿Qué hizo entretanto?

—Beber —André asintió—. Ya sé que es raro, pero estuvo bebiendo todo el rato. *Whisky* seco. Y, a veces, doble.

—¿Sabes el motivo? ¿Te habló ella algo?

—¡Oh, no! Para Nicole sólo hay una clase de hombres: los que tienen la cartera abultada. Los demás somos solo... sombras.

Hubo un instante de silencio. André se inclinó un poco más.

—¿Ocurre algo, señor?

Ken asintió lentamente.

—Nicole ha desaparecido.

El camarero arqueó las cejas.

—¿Desaparecido?

—Ayer salió muy temprano de mi apartamento. Tanto, que no me enteré. No ha vuelto ni me ha llamado. Tampoco pasó por su casa. Algo raro, ¿eh?

—Siento no poder decirle dónde está, señor.

Terminó la orquesta, y las chicas desaparecieron. Las luces se encendieron y docenas de ojos parpadearon. Ojos húmedos y enrojecidos. Hubo aplausos y un murmullo ronco en la sala. En todas las mesas había agitación. Pañuelos blancos secaban nerviosamente las humedecidas frentes. Inmediatamente hubo un revuelo de camareros.

André hizo una cortés reverencia.

—Lo siento, señor, ya ve.

Se retiró rápido. Las peticiones de la clientela eran veloces y ansiosas. La orquesta atacó un bailable y varias parejas salieron a la pista. Casi todas formadas por recién casados en luna de miel parisina. Se abrazaban amorosos con la excusa de la música. El champaña burbujeaba, y en la barra, los *barmen* agitaban fulgentes cocteleras. Una después de otra, discretamente, las bailarinas fueron apareciendo con vestidos que no conseguían ocultar sus encantos. Los expertos de las primeras mesas sabían distinguirlas y casi al instante encontraban compañía.

André volvió.

—Nicole recibió un par de llamadas, señor Baxter.

Ken sonrió.

—¿Sí? Eres un buen muchacho.

—La telefonista podrá informarle; es una chica muy curiosa, ¿sabe? y gusta de escuchar conversaciones, sobre todo cuando cree que son citas galantes. Tiene un corazón muy tierno y le gusta oír esas cosas.

Otro billete cambió de propietario, y Ken se dirigió a la parte destinada a los servicios. Había tres cabinas para uso público, y al fondo, el mostrador de la centralilla.

Al otro lado del tablero encontró los ojos pardos de Henriette. Ken se acodó en el mostrador.

—Hola, Henriette —le pellizcó la mejilla, recibiendo una sonrisa a cambio—. Creo que puedes hacerme un gran favor.

—Oh, ese charlatán de Andrés...

—Yo soy bueno con todos vosotros, ¿no?

—Quiere saber algo de Nicole, ¿verdad?

—Hum.

—Recibió dos llamadas.

—¿De quién?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ken se inclinó más, tomó la barbilla y la alzó. Sólo entonces pudo besarla en los labios.

—No seas mala conmigo, Henriette.

Le sonrió al tiempo que decía:

—Las dos veces la misma persona.

—¿Su nombre?

—Era una mujer. No tiene por qué estar celoso.

—Por favor, todo lo que sepas. Oíste la conversación, ¿no?

Henriette negó.

—Toda no. Carecía de interés. La que llamaba no dio el nombre. Preguntó por Nicole y ella debía aguardar aquella llamada porque preguntó si había tomado una resolución. Su interlocutora dijo que sí y que tenían que verse.

—¿Dónde?

—Me pareció que en el «Salón Bleu», pero no estoy segura. Llamaron por otra línea y tuve que atenderla.

—¿Eso es todo? —Henriette asintió, y Ken se apartó del mostrador al ver que pasaba por allí una de las chicas que vendían bombones. De la repleta bandeja que llevaba colgada al cuello tomó una gran caja, dejó unos billetes y volvió con ella junto a la telefonista—. Raciónatelos, o notarás sus efectos en tu cintura.

Se despidió y salió a la sala. Un nuevo contingente de turistas entraba entre susurros maliciosos. La tanda anterior había desaparecido. En la calle, su coche había quedado emparedado entre dos autocares, pero pudo sacarlo y dirigirse hacia su apartamento de la Rue *Cros*, situado en un ático desde el que se divisaba el impresionante panorama del Sena.

Cuando se encontró ante su apartamento sacó la llave, pero vio la puerta entreabierta, y colándose por la rendija, una línea de luz.

El corazón le dio un vuelco y exhaló un suspiro.

—Nicole, por fin has vuelto —exclamó, empujando la puerta.

Se quedó parado en el umbral, helada su sonrisa. Pensaba en Nicole y no podía imaginar ver aquello.

Tenía su apartamento destrozado, totalmente destruido, como si una tribu africana hubiera pasado por allí.

El contenido de cajones y armarios por el suelo, los muebles volcados, la tapicería de los sillones abierta, las alfombras, apartadas zafiamente de su lugar habitual, tirados los cuadros y volcada su estantería.

Entró sin acabar de creer en lo que veía. El dormitorio estaba igual y la cocina había sufrido idéntica suerte. Hasta habían arrancado mosaicos del cuarto de baño.

Se pasó la mano por el rostro. No recordaba haber bebido tanto como para imaginar semejante pesadilla, y sin embargo, la imagen seguía allí.

No; no se trataba de la obra de un ladrón, porque allí había objetos de arte de considerable valor que tan sólo habían sufrido malos tratos. Incluso vio las joyas de Nicole tiradas en un rincón del dormitorio.

¿Una venganza quizá?

Fue al teléfono para llamar a la policía y entonces lo comprendió todo. Una hoja de papel estaba sujeta por el auricular y en ella el mensaje cada día más popular: «Un saludo de la

O. A. S.».

Alzó el auricular y empezó a marcar, pero sólo entonces se dio cuenta de que no daba tono.

Lo examinó mejor: la

O. A. S.

no dejaba las cosas incompletas. Incluso le habían arrancado el teléfono.

Furioso, abandonó el apartamento, cerrándolo para que nadie se aprovechara de aquel desorden, y bajó a la calle. Entró ciegamente en su automóvil con ánimo de presentarse en la primera comisaría.

Pero no habían terminado para él los disgustos aquella noche. Tras él, desde el asiento posterior, sonó una voz falsamente cordial:

—Buenas noches, señor Baxter. Ha merecido usted la atención de la

O. A. S.

Eso quiere decir que es usted alguien importante.

## CAPÍTULO II

Ken se revolvió, pero notó en su nuca algo frío. No era preciso haber leído muchas novelas para saber que se trataba de una pistola.

—No se ponga nervioso, señor Baxter —dijo la misma voz educada de antes—. Tan sólo queremos charlar con usted.

El periodista puso ambas manos sobre el volante, bien a la vista para evitar errores.

—Me han destrozado el apartamento.

—No era nuestra intención, puedo asegurárselo, pero... ¿A dónde iba ahora con tanta prisa?

—A la policía.

—Lo suponía —hizo unos chasquidos con la lengua y siguió—. Por eso arranqué el teléfono: primero registramos el coche y luego le aguardamos. Es fácil imaginar los próximos movimientos de las personas, si se provocan ciertos estímulos... No vaya a la policía, señor Baxter —su voz fue más dura, y Ken percibió en ella un acento gutural, centroeuropeo quizá.

—¿Qué es lo que desean?

—Una cosa que usted guarda. Para nosotros tiene mucho valor.

—No sé de qué me hablan, y francamente empieza a molestarme esta situación.

—Le aconsejo que colabore. Usted es un periodista agudo y en su crónicas ha revelado muchos de los procedimientos que se le imputan a la

O. A. S.

Si usted cree en lo que escribe, debe colaborar.

Era una amenaza clara y terminante. Ken recordó que la semana anterior había enviado a su periódico varias crónicas sobre la Organización del Ejército Secreto y su lucha terrorista por mantener a Argelia dentro de Francia.

—Entiendo; quieren vengarse por lo que he escrito sobre ustedes.

La voz negó.

—Al contrario; en cierto modo deberíamos premiarle, pues esas informaciones sirven para crear más precaución en ciertos amplios sectores que si estallaran bombas de plástico. Ponga el coche en marcha, señor Baxter.

—¿A dónde les llevo?

—Salga al Quai Passy, y le indicaré.

Rodó el vehículo suavemente, y Ken desembocó en la ribera del Sena. Una pareja de gendarmes hacían su ronda a un centenar de metros, bajo un farol.

La advertencia oportuna:

—Si intenta pedir socorro, les mataremos a ellos y luego a usted; ¿cree que nos importará?

Ken siguió adelante. Aquéllos eran pistoleros que cumplían a gusto su trabajo. Quizá los cerebros de la organización defendían ideales dignos de ser tenidos en cuenta, pero los procedimientos empleados deshonoraban las mejores intenciones.

—Tuerza a la izquierda.

Se encontró en un callejón solitario. Ante él vio un gran camión de mudanzas con la caja abierta. Una rampa comunicaba el suelo con la caja. No había nadie en los alrededores.

—Suba por la rampa y entre con cuidado.

Era un procedimiento ingenioso. Él y su coche desaparecerían por completo en el corazón de París, a la vista de la torre Eiffel.

Obedeció. Todavía le cosquilleaba la pistola en la nuca.

El motor ronroneó por el esfuerzo y frenó antes de llegar a la pared que separaba la caja de la cabina. En la calle subieron la rampa y quedó el camión a oscuras.

—Apague los focos.

Sólo una linterna, manejada desde atrás, le iluminaba. Miró en torno. La caja estaba forrada con planchas de zinc, como los vehículos destinados a transportar muebles. El camión se puso en marcha unos segundos después, y a la máxima velocidad permitida cruzó las calles de París.

Imaginaba la noticia en los periódicos: «Corresponsal americano desaparecido después que la

O. A. S.

le visitó en su apartamento». Y algunos días después: «Ha sido hallado en un muelle del Sena el cadáver del corresponsal americano Ken Baxter. El cuerpo presentaba heridas de...». Se interrumpió. ¿Cuál sería el procedimiento que utilizarían para matarle? ¿Una bala? ¿Un cuchillo? ¿Quizá, simplemente, de resultas de una paliza?

Perdió la noción del tiempo, y naturalmente, de la orientación. El camión seguía rodando, pero por más que se esforzaba no podía percibir si lo hacía por entre el tráfico o en una carretera solitaria, a causa de la vibración ampliada en el interior de la caja.

Por fin el camión frenó.

—Ya hemos llegado.

Se abrió la caja. La portezuela posterior se abrió también para dejar paso a los dos raptos.

—Salga de ahí, señor Baxter.

Se deslizó por entre la abertura de la portezuela y bajó del camión.

No estaban más que los dos raptos en el amplio garaje iluminado por una potente lámpara central. Los choferes del camión habían desaparecido. Todo daba la impresión de que aquello era uno de los centros de terrorismo de la

O. A. S.,

uno de esos lugares de los que no solía regresar nadie.

Miró a los dos hombres. Ya no esgrimían armas, pues estaban seguros de que él iba desarmado también. El que había hablado hasta entonces le miró fijamente, y Ken pudo explicar entonces la razón de aquel acento gutural. La nariz del individuo lo pregonaba. Era judío, y sin duda pertenecía al «Irgun Zvai Leumi», el ejército clandestino israelita que había proporcionado a la

O. A. S.

los instructores precisos para endurecer su organización. El compañero del judío era sólo un matón extraído de los barrios bajos de París, un exluchador de *catch*, deformado por las peleas y la ausencia, un exhombre sin duda.

—Pocas personas han salido de aquí, señor Baxter, y usted será una de ellas si se porta razonablemente. Se lo prometo.

—¿Bien? Ardo en curiosidad.

—¿Persiste en su actitud?

—Ya le dije que ignoro a qué viene esto. Mi única relación con la

O. A. S.

y sus problemas han sido esos reportajes. Si usted está dispuesto a premiarme por ellos...

—No está en condiciones de ser irónico, señor Baxter. Hay otra relación también: se llama Nicole Daru.

Los puños de Ken se apretaron y sus dientes crujieron.

—¿Qué le han hecho a Nicole?

—Por fin ha reaccionado. Vamos, lo demás.

—¡Maldito sea...!

Se precipitó sobre el judío, puños en ristre, pero el instructor conocía todas las formas de pelea desde su juventud pasada e los *ghettos* centroeuropeos. En, aquella época había acumulado tanto odio que todavía no había conseguido expulsarlo fuera.

Alzó la mano y golpeó a Ken en el cuello. El muchacho se tambaleó, pero aún consiguió llegar al cuerpo de su enemigo.

La rodilla y la otra mano se movieron. Baxter se retorció y cayó como un pelele, a los pies del hebreo.

—No vuelva a hacerlo. Baxter —había perdido el tratamiento después de aquello—. No haga que pierda mi natural educación.

El luchador de *catch* lo alzó con una sola mano y lo puso de pie, sujetándolo para que no cayese. Ken tenía la sensación de haber sido pisoteado por una manada de elefantes.

El rostro del judío estaba levemente húmedo por el sudor. Ken percibió el olor agrio de su cuerpo, y a pesar de su situación le creció la cólera por lo que consideraba injusto.

—¿Dónde está Nicole?

—Yo soy el que pregunta, Baxter —la mano del instructor de la O. A. S.

le zarandeo—: ¿Dónde ha escondido la agenda?

—¿Cómo voy a decirle que no sé de qué me habla?

Su interrogador le soltó con un suspiro.

—Está bien; usted lo ha querido —se volvió hacia el luchador y le dijo, fríamente—: Convéncele, Pierre, pero no te excedas: ha de hablar.

Salió del garaje. Sus pasos se alejaron sobre el cemento. Pierre

soltó a Ken y le sonrió en una mueca infame. Baxter llenó los pulmones de aire. Estaba todavía dolorido por los golpes del judío y no se sentía con fuerzas para entablar una pelea con el luchador de *catch*. Pero si no lo hacía, estaba seguro de que no saldría vivo de allí.

—Me encantan los señoritos como tú, ¡puah! —Escupió—. Sucio americano. Todavía recuerdo los aires de vencedores que os disteis al entrar en París...

Abrió y cerró sus manos enormes. Debía pesar por lo menos cien kilos. Cien kilos de músculos desarrollados durante toda una vida dedicada a la lucha. Quizá no era muy ágil, pero su malicia y crueldad compensaban aquel detalle.

Ken le observó. Tenía una oportunidad entre un millón para salvar la vida y debía intentarlo. Aguardó inmóvil, como asustado. Pierre seguía mostrándole los dientes.

—Me dará gozo que tardes en hablar, yanqui.

Le largó un feroz puñetazo, pero Ken saltó hacia atrás y lo esquivó. Siguió retrocediendo hacia la pared del fondo. Había allí unos hierros de alguna mercancía que nadie había recogido. El luchador gruñó:

—Quieres jugar conmigo, ¿eh? Esto lo hará más divertido.

Amagó con la izquierda al mentón, y Ken alzó su guardia. Era lo que deseaba el gigante para alcanzarle el estómago con la diestra.

Al periodista le entraron unas náuseas enormes y se sintió desfallecer. Pierre cloqueó de gozo.

—Esto es como pegar a un niño.

Volvió a golpear, esta vez en el rostro. Ken se desplomó cuan largo era, notando que su visión se enturbiaba, pero sacudió la cabeza para aclarar la mente y reptó.

Tropezó con los pies de Pierre: unos pies enormes, armados con zapatos deformados a consecuencia del peso y de su paso zambo. Ken vio alzarse el pie derecho y supo lo que sucedería si cien kilos de hueso y músculo golpeaban con él.

Pierre rió, feliz:

—¿Hablarás?

No aguardó la respuesta. Bajó el pie como un mazo, y Ken alzó las manos.

Pierre fue el primer sorprendido. Estaba demasiado seguro de su

superioridad y no podía pensar que Baxter, caído y aparentemente destrozado, pudiera oponer resistencia alguna.

Ken torció aquel pie deformado poniendo en ello su rabia y su ansia de vivir. El gigante perdió el equilibrio y cayó para evitar que el joven periodista le dislocara el pie.

Baxter cayó sobre su presa, sin soltar el pie. El peso de su cuerpo sobre la extremidad torcida provocó un chasquido escalofriante, y súbitamente, el pie cedió colocándose en postura anormal. Pierre aulló, pero Ken aferró uno de los hierros próximos y le golpeó con él la cabeza una sola vez.

El grito cesó. En el amplio garaje, el silencio que siguió fue aún más amenazador. Rápidamente, sobreponiéndose a su mal estado, Ken registró al matón y le desposeyó de una pistola automática que llevaba en una funda sobaquera.

Empuñándola, se incorporó. El suelo y el tejado parecían querer juntarse ante su vista. Se detuvo, cerró los ojos y aguardó unos segundos tratando desesperadamente de recobrar la consciencia.

Por fin se repuso lo suficiente para dirigirse a la enorme puerta por la que había entrado el camión. Afortunadamente no habían cerrado el candado y pudo descorrer las dobles hojas. Luego, audazmente, volvió junto al camión y subió a la cabina. La llave de contacto estaba en su sitio y puso en marcha el enorme vehículo.

Salió del edificio con un rugido del motor. Dentro, por fin, debieron notar algo anormal, porque la puertecilla que comunicaba con el interior de la guarida se abrió para dar paso a varios individuos.

Una pistola tronó amenazadoramente en la noche. Ken apretó el acelerador a fondo y se lanzó por la desconocida carretera hacia adelante, sin saber a dónde podía conducirlo.

Tan sólo deseaba huir, alejarse de allí lo más posible.

## CAPÍTULO III

Pasó por su apartamento a fin de reponerse antes de acudir a la policía, pero apenas acababa de aplicarse un desinfectante a las heridas del rostro cuando sonó el zumbador de la puerta.

Vaciló un instante. Podía ser la

O. A. S.

de nuevo, y concretamente, aquel judío experto en lucha.

Sacó la pistola arrebatada a Pierre y sonrió a su imagen torturada que veía en el espejo.

Al menos, les daría una calurosa bienvenida.

Acudió a la puerta y la abrió, con la pistola por delante.

El inspector Joffre arqueó las cejas y trasladó su mirada de la pesada automática al rostro de Ken.

—¿Va dedicada a mí? —preguntó el policía con un gruñido.

Baxter bajó el brazo armado.

—¡Oh, no, inspector! Esperaba otra visita.

Joffre entró y lanzó una mirada circular al devastado *living*.

—Creía que ustedes, los periodistas, cuidaban mejor de sus cosas. ¿Fue de resultas de una pelea con su amiguita?

Un par de gendarmes hicieron su aparición detrás del inspector y se colocaron a ambos lados de la puerta, una vez cerrada.

—No irá a decirme que la policía dispone de radar cerebral, ¿eh, inspector? Ahora mismo pensaba ir a su despacho.

—Dígame, ¿qué ocurrió? —preguntó Joffre al tiempo que le quitaba la pistola suavemente.

Ken fue a la mesita del teléfono y tomó la hoja que había encontrado bajo el auricular.

El policía le echó una mirada aburrida al papel.

—Vaya. ¿Y su rostro?

—Tiene la misma firma.

—¿Qué ha hecho para enemistarse con ellos. Baxter?

—No lo sé.

—Cuéntemelo todo.

—Antes me dirá el objeto de su visita, ¿no?

—No.

La actitud de Joffre era tensa, dura. No podía decirse que fuesen amigos porque el inspector oponía siempre una actitud reservada a sus relaciones, pero habían coincidido en algunos lugares con ocasión del trabajo periodístico de Ken y nunca se habían llevado tampoco mal.

—No tengo mucho tiempo, Baxter. París ya no es la ciudad amable de otros tiempos.

—Lo estoy comprobando. Bien, inspector, vine a mi apartamento y lo encontré así. Traté de llamar a la policía, pero habían arrancado el teléfono. En consecuencia, bajé a la calle para hacer la denuncia personalmente, pero dentro de mi coche había un instructor judío de la

O. A. S.,

y un matón llamado Pierre. Me llevaron a algún lugar dentro de un camión y allí me interrogaron.

—¿Qué querían saber?

—Pretendían que yo les entregase algo.

—¿El qué?

—Una agenda, quizá, no estoy seguro.

—¿Qué clase de agenda? Vamos. Baxter, no sea tan remiso.

—Oiga, inspector, llevo varias horas tratando de ordenar mis pensamientos y encontrar algo lógico en lo que me ha ocurrido. Me pedían algo que no conozco e insinuaron que se trataba de una agenda. Como persistía en mi ignorancia, el judío dejó que Pierre me hiciera recordar.

—Y le golpeó.

—Sí; de allí no iba a salir vivo, de modo que me lo jugué todo a una carta y... sin duda no había llegado mi hora. Creo que le rompí un pie a Pierre y luego le abrí la cabeza con un hierro. Le quité la pistola, que es la que tiene usted en su poder ahora, y escapé en el mismo camión que me había llevado hasta allí. Ellos me dispararon, pero... mi suerte continuó.

—¿Es el camión que está abajo?

—Sí; dentro va mi coche: me lo hicieron meter ahí para borrar

toda huella de mi paso.

—¿A dónde lo llevaron?

—Cuando huí me di cuenta de que estaba en Montrouge. Me habían encerrado en un garaje de puertas verdes frente al cementerio de Bagneux.

Joffre escribió algo en la hoja de un bloc y la tendió al gendarme que se había acercado siguiendo la indicación de su jefe. Le susurró algo al oído y el agente salió del apartamento, tras hacer el saludo ritual.

—Así que nos ha traído una pistola y un camión sacados ambos de la misma guarida de esa gente. ¿Quiere venir conmigo, Baxter?

Ken arqueó las cejas.

—¿Me lleva detenido?

—¡Oh, no! Tan sólo vamos a continuar esta charla.

—Pero ya le he dicho todo cuanto sabía...

—¿No quiere colaborar, Baxter?

El periodista se encogió de hombros.

—Está bien, pero antes me dejará echar un trago, ¿no?

Lo hizo y luego salió en compañía de los policías. Joffre habló aparte con otro agente de paisano y luego entró en el coche patrulla, cuyo motor ronroneaba.

En cuanto el inspector se sentó junto a Ken, el vehículo se puso en marcha dejando en la calle a los dos gendarmes y al agente de paisano.

Por el camino no cruzaron una palabra, y sólo cuando entraron en el despacho de Joffre éste pareció recobrar el habla.

—Ha obrado usted muy bien al negarse a dar a la

O. A. S.

esa agenda, Baxter, y eso le honra. Le estamos muy agradecidos por su colaboración, y... ¿dónde la ha escondido?

Ken parpadeó. Le dolía la mejilla por el golpe recibido y eso le impidió componer una mueca de asombro y de indignación. Tan sólo gruñó:

—Oiga, Joffre, esto ya es demasiado. ¿Cómo voy a decirle que no la he visto en mi vida?

—No le conviene jugar con esas cosas —respondió el policía, imperturbable—. Comprendo que desee utilizarla con fines profesionales para uno de sus reportajes sensacionalistas, pero esto

es una guerra. Una verdadera guerra en la que luchan entre sí tres beligerantes, caso único seguramente en los anales de la Historia. El gobierno francés por un lado, la

O. A. S.

por otro y siempre los nacionalistas del

F. L. N.

aprovechándose de la situación. En esa agenda hay una serie de nombres y direcciones de miembros importantes de la

O. A. S.

en París y en toda el área metropolitana. Los ha obtenido un agente nuestro en Oran a costa de la muerte de diez compañeros suyos, agentes

anti-O.

A. S. todos ellos. Ahora que las negociaciones franco-argelinas están a punto de conseguir la paz total en Argelia, sabemos que la

O. A. S.

prepara importantes acciones encaminadas a dar un golpe de Estado. Es nuestro deber conjurar esa acción y para ello debemos conocer a sus dirigentes.

Ken dio un puñetazo en la mesa.

—¿Y de dónde se han sacado la

O. A. S.

y ustedes que yo estoy relacionado con esta agenda? ¿O es que todos se han vuelto locos?

Joffre apretó los labios, conteniendo su cólera. Se puso en pie y abrió la puerta.

—Sígame, Baxter. Le mostraré algo.

Caminaron por una serie de corredores hasta llegar a una puerta vigilada por un gendarme que saludó al inspector. Una vez franqueada, descendieron por una escalerilla de hierro hacia lo que parecía un sótano. Un olor húmedo y penetrante asaltó el olfato de Ken.

Sus pasos resonaron en el suelo de cemento, una vez llegados abajo.

Un hombre cubierto con una bata blanca se acercó a ellos.

—¿Sí, inspector? —Su voz resonó en las altas bóvedas.

—El once.

El hombre de la bata blanca asintió y les precedió hacia una

doble hilera de armarios metálicos empotrados en paredes enteramente cubiertas por mosaicos blancos. Tiró de uno de ellos, y el cajón, como un gran archivador metálico, se deslizó hasta el tope. Sobre la bandeja, con los brazos pegados al cuerpo, estaba Nicole.

Su cuerpo desnudo había perdido el sugestivo encanto que fue la clave de su éxito. Estaba como roto, martirizado. La habían golpeado, y en la blanca piel se advertían las huellas de manos brutales. Ken pensó en Pierre y una oleada de odio subió hasta su garganta. Había muerto de resultas de aquel agujero sangriento que tenía en el pecho.

—¿Quién...? ¿Quién lo hizo...? —Su voz ronca fue irreconocible, incluso para él.

—Quizá los mismos que le visitaron a usted. La encontramos hace unas horas, en el Sena.

Ken se enfrentó al policía con expresión furiosa, desesperada.

—¿Era preciso comunicármelo así, con esta crueldad? —Dio un manotazo al cajón-frigorífico y éste se cerró con seco chasquido que repercutió en la silenciosa Morgue.

—Calme esos nervios, Baxter.

—¡Váyase al infierno! ¡Estoy harto de aguantar los nervios por causa de unos y otros! ¡Se acabó! En las últimas horas han destrozado mi casa, me han golpeado y me han llevado y traído como un monigote, y al final, como digno remate, usted me da una noticia como ésta con un salvajismo qué no se diferencia en nada del de la

O. A. S.

Dio media vuelta para marcharse, pero Joffre le detuvo. Ken, rápido, se revolvió y le dio un manotazo que mandó al policía contra los tétricos cajones.

El inspector le advirtió, conteniéndose a duras penas:

—Si continúa rebelándose lo encerraré y le costará trabajo salir: estamos en una situación de emergencia.

Se arregló la ropa maltratada e irguió la cabeza. Estaba pálido y le roía una cólera que no parecía poder contener siempre.

—Volvamos a mi despacho.

Una vez en éste, Ken encendió un cigarrillo con manos trémulas. Sentía náuseas y horror. Lo que acababa de ver no iba a olvidarlo

fácilmente. Nunca se había enfrentado a la brutalidad humana tan directamente; nunca, tampoco, había pensado que Nicole pudiera perder tan trágicamente su arrolladora vitalidad. Su cuerpo, otras veces caliente, estaba allá abajo, en un armario frigorífico que conservaba su carne, pero no su espíritu, ni su risa. La habían golpeado, sin duda para arrancarle el secreto de aquella maldita agenda, y luego la habían asesinado fríamente.

Sus dientes rechinaron y el cigarrillo saltó deshecho entre sus dedos. Encontraría otra vez a Pierre y a su amigo el judío: los dos eran expertos en el crimen y en la tortura, pero no sabrían soportar el destino que él les daría.

Joffre ocupó su sitio, tras el escritorio.

—Y ahora, hablaremos otra vez.

Ken saltó:

—¡Ya le dije cuánto sabía! Ignoro todo lo que se refiere a esa agenda. Usted me ha llevado hasta la Morgue sólo para hacerme reventar de indignación y hablarle claramente, pero sigo estando en la máxima ignorancia, aunque no pienso quedarme cruzado de brazos. Encontraré esa agenda y me encargaré, uno por uno, de los responsables que han ordenado la muerte de Nicole.

—Usted se cuidará mucho de intentar algo semejante. Es más: tomará el primer avión y regresará a Norteamérica.

—Para obligarme a algo así tendrían que expulsarme del país, declarándome persona no grata, y usted sabe que no tiene pruebas ni motivos para llegar hasta eso. Si se atreviera, la Prensa americana forzaría un conflicto diplomático entre su país y el mío.

Joffre bajó la cabeza. Sabía que el periodista estaba en lo cierto.

Ken se dirigió a la puerta y salió sin despedirse. Hosco, pálido, crispadas las manos, salió a la calle.

En París amanecía.

## CAPÍTULO IV

Gigí le miró enfurruñada. Tenía los ojos soñolientos y el oscuro cabello caído sobre los hombros cubiertos por un salto de cama de seda que no había terminado de cruzarse. Por ello, el escote era más profundo que de ordinario.

—¿Cambiate de parecer? Yo también —ganguéo—. Fuera.

Le cerró la puerta, pero Ken había puesto el pie entre ella y el quicio en previsión de algo parecido.

Empujó luego y entró. Encajó la puerta tras sí y miró a la compañera de Nicole. Ésta apretó los labios y sus ojos brillaron peligrosamente.

Alzó la mano para abofetearle, pero Ken la sujetó antes de que rozara su rostro. Luego, con el otro brazo la tomó de la cintura sin intentar caricia alguna.

—Te explicaré, Gigí.

Estaba tensa bajo la suave prenda que la cubría. Si algunas horas antes se había sentido caprichosa, aquello había pasado y resultaba más inaccesible que una esfinge.

—No conseguirás...

—¿Ves cómo me han puesto? Fue la

O. A. S.

y Nicole...

—¿Qué ocurre con ella?

Ken se lo contó todo, a grandes rasgos. Cuando terminó, ambos estaban en el mismo sofá semicircular del amplio *living*, frente a la chimenea de mármol huérfana de troncos en aquel instante.

—¡Pobre Nicole...! —musitó ella, aferrada a él todavía, desde que empezó su relato.

—No puedo volver a mi apartamento; la

O. A. S.

estará allí, aguardándome. Sé demasiado.

—Naturalmente, puedes quedarte aquí.

Sonrió.

—Gracias. ¿No tienes miedo? Ellos son hábiles con el plástico.

—No se atreverán. Y, además, debo probarte que no te guardo rencor.

Gigí se recostó sobre él y le besó en los labios. Ella los tenía húmedos y cálidos. Fácilmente se adaptaron a los de él y durante unos instantes permanecieron inmóviles, abandonados. Luego ella se apartó.

—Debes reposar y comer algo.

Unos minutos después le servía un apetitoso almuerzo.

—Eres el primer hombre que entra aquí. Por eso debes disculparme si no soy una perfecta anfitriona.

Ken se recostó luego en el sofá y durmió varias horas. Le despertó el timbre del teléfono, pero antes de que se incorporara oyó que Gigí respondía.

—Sí... sí... entiendo: aquí está.

Baxter se frotó los ojos. Gigí se había vestido y tenía un aire hogareño que sorprendía, conociendo su existencia.

—Qué inoportuna es la policía, Ken... ¡Dormías tan a gusto!

Mientras iba al teléfono, el periodista se dio cuenta de que Gigí había velado parte de su sueño, leyendo unas revistas en un sillón próximo.

—Soy el inspector Joffre —de dijeron al otro lado del hilo—. Le llamo para decirle que encontrará su coche en la calle, junto al bordillo.

—¿Cómo sabe dónde estoy?

—Uno de mis hombres le siguió y ha estado haciendo guardia en el portal: quería estar seguro de que la

O. A. S.

no repetía su visita.

—Gracias, pero sé cuidarme solo.

—Eso es lo que usted cree. A propósito: si ha concebido la estúpida idea de volver a Montrouge, deséchela. No encontrará allí nada.

—¿Cómo dice?

—Ha habido un incendio muy aparatoso en el garaje de las puertas verdes. No ha quedado de él más que un montón de ceniza.

Por supuesto, allí no hay nadie... ni siquiera huellas dactilares. La O. A. S.

trabaja bien, ¿sabe?

—Bueno; hallaré la forma de encontrarlos.

—No a Pierre: lo encontramos con una bala en la sien, desnudo, entre una doble fila de sepulturas en el cementerio de Bagneux. Por cierto, su descripción coincide: su cadáver tiene un pie roto y un feo golpe en la cabeza. Buenos días, señor Baxter: piense en esto que le he dicho y manténgase alejado de todo.

—Hay algo que no me ha dicho, inspector. ¿Qué hay del camión?

—Oh, sí: la Compañía en que estaba asegurado se ha mostrado muy satisfecha de recuperarlo. Hace un mes tuvo que pagar el seguro de robo al propietario del camión. Figúrese: va a recuperar un dinero muy sabroso. En cuanto a la pistola, pertenecía al pobre Pierre, en efecto, pero ¿de qué nos sirve si no puede responder ya a nuestro interrogatorio?

Colgó el policía, y Ken devolvió el aparato a la horquilla. Todas las pistas habían sido eliminadas por la

O. A. S.

con una rapidez que justificaba anteriores éxitos.

—¿Malas noticias, Ken?

—Peores no pueden ser: tenía la esperanza de encontrar a los asesines de Nicole, pero se han apresurado a borrar todo rastro.

Gigí le abrazó.

—Me alegro.

—¡Gigí!

—No te escandalices, querido. Es tonto pretender que tú solo puedes luchar contra esa organización. Deja el trabajo a la policía. No quiero que te ocurra nada, ¿me entiendes?

Calzada con babuchas disminuía de estatura y tuvo que empinarse sobre las puntas de los pies para besarle en la rojiza señal del pómulo producida por el puño de Pierre.

—Eso no me va a hacer desistir de mi propósito.

En el cuarto de baño se metió bajo la ducha y luego volvió a vestirse. En el *living* le aguardaba otro almuerzo. Lo devoró y luego recordó algo que le había confiado la telefonista del «Burlesque» la noche anterior.

—¿Conoces algún «Salón Bleu», Gigí?

—Salón, ¿de qué?

—Lo ignoro.

—Es un nombre que me suena. En la Guía Telefónica lo hallaremos.

Había nueve «Salón Bleu» en París, repartidos entre peluquerías, bombonerías y salas de té.

Ken anotó las direcciones y se despidió de la artista.

—Volveré... no sé cuándo.

En el bordillo tenía su coche, como le había dicho Joffre, y a una veintena de metros, examinando el escaparate de una frutería, un individuo con flexible hasta los ojos y las manos en los bolsillos. No hacía falta que llevase un rótulo colgando para saber que estaba allí por orden de Joffre.

Ken entró en su coche y revisó el departamento de guantes. Naturalmente, lo habían registrado. Puso el vehículo en marcha y arrancó suavemente. El tipo de la frutería entró en un taxi que pasaba por allí «casualmente» y, cosa curiosa, pareció seguir su mismo camino.

Baxter se preocupó de confiarle. Rodaba con indiferencia en dirección a los bulevares donde podía desarrollar más velocidad. Una vez en ellos, se sumó a la corriente de vehículos, y el taxi tuvo que reducir distancias para no perderlo. Ken sonrió, vigilando el espejo retrovisor.

Aceleró. El taxi hizo lo propio y durante unos centenares de metros rozaron la velocidad máxima. Un camión estaba ante él, también a buena velocidad. Ken le pasó por la derecha, contraviniendo todas las leyes de tráfico. El taxi se percató de la maniobra y pisó a fondo el acelerador para adelantar al camión por la izquierda, correctamente, y no perder a Baxter. Pero éste, de pronto, se metió en la trayectoria del camión. El chofer debió maldecir airadamente y para evitar la colisión se echó a la izquierda con un golpe de volante. El conductor del taxi tuvo peores reflejos, y aunque frenó desesperadamente no pudo evitar la colisión con el camión, afortunadamente sin consecuencias. Los dos conductores echaron pie a tierra, apostrofándose coléricamente, y el policía empezó a dar saltos de indignación al ver que el periodista se le escapaba velozmente.

Unos minutos después, Ken se hallaba a gran distancia de allí, dispuesto a buscar el rastro de Nicole durante las últimas horas antes de caer en manos de la  
O. A. S.

Había recorrido tres peluquerías, una repostería y un salón de té, y acababa de entrar en otro muy selecto situado en la Avenue Kleber. Para llegar hasta él había que subir a un entresuelo por una escalinata alfombrada a cuyo final había un conserje galoneado y estirado.

De una ojeada comprendió que Nicole no podía haber frecuentado aquel salón en toda su vida. Estaba destinado a la alta sociedad parisina, y una chica como Nicole se hallaría incómoda entre títulos de nobleza.

No obstante, entró.

Un camarero con aires de mayordomo de palacio real se le acercó midiéndole con la mirada y manifestando claramente su desaprobación por encontrar «aquello» en el distinguido «Salón Bleu».

—*Monsieur...*

Ken le mostró una foto de Nicole.

—Fíjese bien: ¿vio a esta señorita ayer aquí? Es muy importante. El camarero no se molestó en mirar.

—¿Policía? Le advierto, señor, que nuestra clientela se cuenta entre lo más distinguido de Europa...

—No puedo perder el tiempo y usted no querrá que entre y examine, una por una, a todas sus clientes.

Pareció que le sangraban.

—¡Oh, no, no! ¡Qué escándalo!

—¿Bien?

El camarero miró y le bastó una ojeada.

—Sí; desde luego no es cliente de la casa. Se advierte enseguida. A Ken le entraron ganas de abofetear a aquel lacayo.

—¿Quién la acompañaba? —Escamoteó la foto y añadió—: La policía se interesa mucho por este extremo y usted sabe que la policía lo averigua todo, tarde o temprano. Si usted colabora desde un principio, las cosas pueden hacerse con absoluta discreción.

—Oh, por supuesto... —carraspeó—. Preguntó por la *vicomtesse*

de Landry, pero no irán a decirle a la *vicomtesse* que yo...

—¿La vizcondesa de Landry?

—Sí.

—¿Habló con ella?

—Tomaron el té en la salita japonesa.

—¿A qué hora?

El camarero le miró con desprecio.

—A las cinco, por supuesto.

—¿Cuánto tiempo estuvieron reunidas?

—Diez minutos; quizá un cuarto de hora. La... persona de la foto se marchó sola, un poco airada, diría yo.

—¿Sabe de qué hablaron?

—No tengo por costumbre escuchar las conversaciones de nuestros distinguidos clientes.

—¿Discutieron?

—Una vizcondesa jamás discute... y menos con personas de inferior nivel social.

Ken apretó el puño que llevaba metido en el bolsillo y dio media vuelta para salir, a fin de evitar un incidente.

De vuelta en su coche encendió un cigarrillo y reflexionó sobre lo que acababa de averiguar. Nicole había visitado aún no hacía veinticuatro horas aquel salón de té para entrevistarse con la vizcondesa de Landry. Desconocía a aquella dama de la alta sociedad, pero algo extraño había en aquella entrevista, algo insólito que merecía una investigación más profunda.

¿Por qué Nicole se relacionaba con la aristocracia?

Pulsó el encendido del motor y el coche se incorporó a la corriente del tráfico. Directamente se dirigió al Club de Prensa y entró en la biblioteca para consultar el Anuario de la Alta Sociedad.

Allí estaban los títulos nobiliarios de Francia y, entre ellos, la vizcondesa de Landry:

«Única descendiente de los vizcondes de Landry, fallecidos en 1949, en accidente aéreo. Contrajo matrimonio en Londres en 1940, durante la ocupación alemana de París, con M. Marcel Aubert, hijo de los condes de Arleson, oficial del Ejército Francés y actualmente general de Estado Mayor en Oran. Fruto

del matrimonio, una hija, Mmle. Vicky Aubert. La casa solariega se halla en Chartres, pero residen en París, Avenue Kleber, 216».

—No sabía que te interesaras por la Alta Sociedad, Ken.

Reconoció la voz antes de volverse. Era Denis Romain, presidente del club y uno de los más agudos columnistas de París. Denis tenía el aire de un intelectual a lo Sartre, con sus enormes gafas de concha y su frente despejada. Cogió una silla y se sentó a horcajadas, junto a Baxter.

—Hola, Denis. Estaba haciendo una consulta.

—¿Puedo servirte en algo? Me codeo un poco con esa gente, ¿sabes?

El joven cerró el libro y sonrió.

—¿Qué sabes de la vizcondesa de Landry?

—¡Ah, *madame la vicomtesse*! Toda una dama.

—Eso se supone, pero... ¿algún detalle personal?

—Es muy hermosa. Tiene una hija de veinte años, pero si las vieras juntas te resultaría difícil saber quién es la madre y quién la hija.

—Su esposo es militar, ¿verdad?

—General, para ser más exactos. Está destinado en Orán.

—¿Separado de su familia?

—Bueno, tú sabes que aquello no está muy tranquilo. Desde que la

O. A. S.

comenzó el jaleo, el general tuvo la buena idea de enviar a la metrópoli a su familia.

—Un verdadero militar, siempre dispuesto al sacrificio, ¿eh? No le habrá resultado fácil separarse de una esposa tan bella.

—Verás, Ken. El general es bastante mayor. Podría ser fácilmente padre de la vizcondesa y aún le sobrarían años. Debe estar muy próximo a jubilarse.

—No es normal tanta diferencia de edad, ¿cierto?

—No; ni conveniente cuando la mujer está tan llena de vida.

—¿Qué quieres decir?

Denis sonrió.

—Nada; yo nunca he hecho caso de habladorías. Si me guardas

el secreto, te diré que sigo soltero porque la vizcondesa no me aceptó. Fuimos compañeros en la Sorbona; a ella la guerra le hizo emigrar a Londres e interrumpir sus estudios. Yo continué hasta terminar. Dejó de haber relación entre nosotros a causa de la ocupación, y cuando me enteré que se había casado con Marcel me llevé una desilusión. Luego comprendí que ella y yo pertenecíamos a distintas clases sociales. Al fin y al cabo, Ana se casó con un aristócrata como ella que, además, era militar y miembro de la Resistencia, por añadidura. No sé si sabes lo romántica que puede ser una mujer cuando tiene veinte años y soplan vientos bélicos...

—Pero él le llevaba muchos años.

—Había rebasado la cuarentena, pero se conservaba joven y, sobre todo, tenía canas en las sienes. Ana no lo pensó más.

—Lo dices como si no hubiera sido feliz.

—Al principio debió serlo, pero ahora... No es fácil para una mujer estar casada y no tener marido. Pero quizá esté hablando demasiado.

—¿Cuáles son sus ideas respecto a lo de Argelia?

—No sé. ¿Por qué?

—Es que... estoy haciendo una investigación.

—¿De qué clase? No irás a reproducir lo que te he confiado —se puso en pie, a la defensiva.

—Aunque periodista, soy discreto. Es algo personal.

Denis aguardó. Luego, molesto, dijo:

—Bien, si no puedes revelarme lo que buscas... será mejor que me retire.

Ken rió.

—Eres muy susceptible para vivir de lo que escribes. Estoy buscando a una chica que se ha marchado de mi lado. Sé que la vizcondesa debió ser una de las personas que la vio después de que ella me abandonara. Quizá pueda darme alguna pista para encontrarla.

—Dudo que alguna de tus amigas tenga relaciones tan elevadas.

—Ésta sí, por lo visto.

Denis sonrió, comprensivo.

—Allá tú con tus líos, Ken. De todas formas si le dices a la vizcondesa que eres amigo mío te recibirá con más cordialidad.

Denis salió de la biblioteca tan silenciosamente como había

entrado. Ken le siguió con la vista hasta que desapareció, y luego devolvió el volumen al armario.

Pensaba en la vizcondesa de Landry, en su marido el general que residía en Orán, en la entrevista de Nicole con la vizcondesa, en aquella siniestra agenda que contenía unos nombres comprometedores de la

O. A. S.

y en que esos datos habían sido obtenidos por agentes del Gobierno en Orán. La

O. A. S.

y la policía sospechaban que Nicole había tenido esa agenda, y no hacía falta ser un lince para sospechar lo que Nicole, tan ansiosa siempre de dinero, había tratado de hacer con aquella lista tan comprometedora...

## CAPÍTULO V

La vizcondesa le devolvió la fotografía de Nicole.

—Siento informarle que jamás he visto a esta persona.

La vizcondesa de Landry era tan hermosa como había asegurado Denis Romain, y lo hubiera sido más de no estar tan pálida. En sus facciones aristocráticas había una serenidad clásica que no pasaba desapercibida para quien supiera apreciar la belleza auténtica. Su cuerpo era el de una jovencita. En absoluto era posible pensar que fuera madre de una muchacha casadera.

—Permítame que le recuerde quién soy, *madame*. Denis me aseguró...

La vizcondesa se incorporó.

—Lo siento, tendrá que disculparme.

Ken también se puso en pie. Se hallaban en un salón Imperio que parecía arrancado de un museo. En aquel marco exquisito, la vizcondesa era como una aparición mágica e irreal. Tenía ojos soñadores y una boca fresca y jugosa, todavía sensible al amor.

Pero Baxter no estaba allí para dejarse turbar por la belleza femenina.

—Vizcondesa —se inclinó levemente—, ayer se entrevistó usted con esta señorita en el «Salón Bleu». Eso es muy fácil comprobarlo judicialmente.

La dama alzó la barbilla.

—¿Insinúa que no he dicho la verdad?

—La verdad no puede ocultarse, vizcondesa, y si lo intenta se dañará más todavía. Yo creo saber la causa por la cual Nicole Daru se entrevistó con usted, y ello puede darme la clave para averiguar quién pudo asesinarla.



—*La verdad no puede ocultarse, vizcondesa*

La vizcondesa apretó una mano contra otra y se estremeció.

—¿Asesinada?

—Sí; y a usted no la agradaría saber lo que hicieron con ella antes. He estado en la Morgue y la he visto, y estoy firmemente decidido a encontrar al asesino. Vea usted, *madame*, esto es una

cosa muy seria. Bastaría mi declaración a la policía para que usted tuviera graves dificultades. Sin duda usted podrá justificar su posición, pero a cierto tipo de Prensa le encantaría imaginar qué relación podía existir entre una vizcondesa y una artista del «Burlesque».

La dama se dirigió a unos cortinajes y tiró de un cordón de seda. Un instante después apareció el criado que había llevado a Ken al salón, cuando llegó.

—El señor Baxter se retira —dijo la vizcondesa al criado—. Acompañele.

Ken comprendió que nada obtendría e hizo una leve reverencia antes de salir.

Cuando se encontró en el parque, fuera de la noble mansión, encendió un cigarrillo y se detuvo un instante. No cabía duda de que la vizcondesa de Landry tenía miedo y quería desesperadamente proteger a alguien, de ahí su obstinación en negar lo que era evidente.

Caminó por el sendero de grava, a cuyos lados se alzaban bien cuidados setos, y cruzó la verja exterior.

Había aparcado el coche en la misma entrada y penetró en él decididamente.

No llegó a cerrar la puerta.

En el asiento delantero, al lado opuesto del volante, estaba una mujer bellísima, que era el vivo retrato de la vizcondesa. Sus cabellos rubios, de un dorado irreal, descansaban en sus carnosos hombros, y sus labios claros estaban demasiado prietos, revelando su inquietud. Vestía una blusa de seda y una falda de tergal que envolvía sus largas y esbeltas piernas.

Ken esbozó una sonrisa.

—Bienvenida a mi coche, señorita Aubert.

Ella arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Acabo de hablar con su madre y es imposible no advertir el parecido. ¿La ha enviado ella?

La muchacha negó, y al hacerlo adoptó un aire casi infantil.

—Si se enterase me costaría un disgusto.

—¿Qué hace entonces aquí, en el coche de un corresponsal extranjero, con la fama tan... equívoca que tenemos?

—Me llamo Vicky —empezó ella, turbada. Entrelazó los dedos en torno a su rodilla, y siguió—: Señor Baxter, por favor, no haga nada.

—¿Qué no debo hacer?

—¿Por qué ha de dañar a mamá innecesariamente? —Usted ha escuchado toda la conversación, ¿verdad? Las mejillas femeninas enrojecieron, pero asintió.

—Entonces, ya sabe que ha muerto una mujer. Afirmó también, baja la cabeza.

—Es muy noble su gesto, señorita Aubert, pero hay cosas que no se pueden conceder ni a una chiquilla tan hermosa como usted.

Fue a palmeaar una mano femenina que reposaba en el tapizado del coche y al hacerlo sus dedos tropezaron con una hoja de papel. Lo tomó creyendo que se le había caído del bolsillo, y distraídamente le echó una ojeada.

Todos sus músculos se tensaron.

«Con los mejores saludos de la O. A. S».

Vicky se dio cuenta de que algo extraño sucedía.

—¿Qué ocurre?

—¿Vio este papel en el asiento, cuando subió al coche?

—Sí, pero no lo he mirado.

—Hágalo ahora.

Se lo puso de forma que pudiera leerlo.

—¡Oh! ¿Qué significa...?

—¡Salga inmediatamente del coche! ¡Ahora mismo! La empujó algo rudamente al tiempo que sus ojos se posaban en una masa pastosa color caramelo que sobresalía levemente de debajo del tablero de instrumentos.

—¡Rápido!

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, todavía, obedeciendo no obstante.

—¡Plástico!

Saltó él también y, cogiendo de la mano a la muchacha, corrió desesperadamente hasta quedar tras el muro de piedra que flanqueaba el extenso parque de la mansión de la vizcondesa.

—¡Al suelo!

Empujó a Vicky sobre el césped y él mismo se tendió junto a

ella.

Casi al mismo tiempo sonó una explosión horrible. Parte del muro se desprendió por efecto de la onda expansiva, y por encima del mismo silbaron fragmentos metálicos procedentes del coche. Cuando dejaron de caer los restos de lo que había sido su automóvil, Ken tenía aprisionada fuertemente entre las suyas una mano de Vicky. La muchacha estaba muy pálida y sus ojos, abiertos al máximo, mostraban su miedo.

—Cálmese, todo ha pasado.

Estaban muy juntos, tan próximos que sus cuerpos se rozaban. Baxter percibió el temblor de la muchacha y la abrazó suavemente, con aire protector.

—Es usted una muchacha muy valiente. Vamos, creo que ya vienen en nuestro auxilio.

La ayudó a incorporarse, pero Vicky no estaba en condiciones de andar sola, por lo que la tomó del brazo y la ayudó a caminar.

Se asomaron a la avenida. En el lugar donde había estado aparcado su coche no había más que un montón de hierros retorcidos. El tráfico se había detenido, y un coche patrulla acudía haciendo sonar su sirena.

Vicky suspiró, y Ken notó que las piernas femeninas fallaban. Rápido, la tomó en sus brazos para que no cayera y al hacerlo se sintió invadido por una ternura indefinible.

El inspector Joffre sacudió su índice ante el rostro de Ken.

—¡Debería encerrarle por esto! ¡Debería hacerlo y tenerlo incomunicado hasta que aprendiera que no *es posible burlarse de la policía!*

Baxter se pasó una mano por las mejillas.

—Inspector, la

O. A. S.

ha estado a punto de volarme junto con mi coche y a usted sólo se le ocurre hacerme a mi responsable de eso.

—¡Le puse protección y usted burló a mi agente!

—Eso sólo demuestra que soy más listo que él, ¿verdad?

Joffre fue a decir algo poco académico, pero acabó conteniéndose. Como un león enjaulado paseaba por su despacho, congestionado el rostro y hablando entre dientes.

—¿Qué tenía usted que tratar con la vizcondesa de Landry?

—Fui a saludarla.

—¿Por qué motivo?

—Un amigo común me rogó hiciera llegar sus respetos a la vizcondesa y... lo complací.

—¿Piensa que soy tonto, Baxter?

—No puedo impedir que usted imagine lo que no existe, inspector. También está convencido de que yo poseo esa misteriosa agenda.

Joffre se detuvo ante él.

—¡Si interfiere la labor de la policía lo expulsaré del país! — chilló.

—Sí, inspector, pero hasta ahora sólo he sido víctima. Y, que yo recuerde, no ha hecho usted nada por castigar a los responsables de las agresiones que he sufrido.

El policía boqueó, indignado.

—Y ya que estamos hablando íntimamente, debería responder a una pregunta que le hice esta madrugada, inspector. Le pregunté por qué pensaban ustedes y la

O. A. S.

que yo conozco esa agenda.

—Usted tenía relaciones con Nicole, ¿verdad?

—Sí.

—Nicole poseía esa agenda.

—¿Qué estúpida idea es ésa?

—Está probado. Le hablé de unos agentes

anti-O.

A. S. que fueron a Orán para obtener información y de los que solamente uno regresó. Ese agente era el portador de los datos que precisábamos, pero antes de rendir su informe tuvo una aventura con una mujer, con Nicole para ser más exactos. La visitó en su casa y pasaron juntos varias horas. No es difícil imaginar cómo logró Nicole hacer perder el sentido de la responsabilidad a ese agente. El caso es que ella le robó la agenda y él... se pegó un tiro en la habitación de un hotel, tras dejar una carta en la que explicaba su culpa.

—¿Quién era él y... cuándo sucedió eso?

El policía negó con firmeza.

—No le diré nada más, Baxter. ¿Comprende ahora por qué está usted relacionado con la agenda? No la hemos encontrado en el apartamento de Nicole ni en ninguno de los lugares que frecuentaba, y el hecho de que la

O. A. S.

le raptara a usted después de haber matado a Nicole demuestra que ellos tampoco poseen esa lista que comprometería la organización metropolitana —hizo una pausa amenazadora—. Si usted la tiene, y lo probamos, nadie le librará de un Juicio Militar sumarísimo.

Ken cerró los ojos, acumulando paciencia.

—No es preciso que me lo recuerde, inspector, prometo entregársela... si llego a encontrarla. Por ahora sólo me interesa el asesino de Nicole.

—Deje eso también en nuestras manos. Hoy recibió un aviso harto contundente.

—Y me hace pensar que voy por buen camino. Seguiré buscando, inspector. No es que dude de la pericia de la policía, pero la

O. A. S.

lleva demasiado tiempo triunfando.

Salió del despacho sin inmutarse por la mirada colérica del policía. Sabía que estaba jugando con fuego y que llegaría a quemarse si no andaba con cuidado, pero la bomba de plástico de su coche no había hecho sino excitar más su instinto de cazador.

Una vez en la acera respiró el aire matinal. Durante algún tiempo, hasta que comprase otro automóvil, debería utilizar los taxis.

Se acercó al bordillo y miró hacia la corriente del tráfico, aguardando ver uno con la banderita alzada.

No le iba a resultar fácil conseguir un taxi a media mañana, en el sector comercial, pero no quería utilizar el metro.

Un convertible alemán con la capota alzada se acercó a la acera. Ken se puso a la defensiva. La

O. A. S.

no tenía inconveniente en disparar desde un vehículo en marcha, y aquél maniobraba de una forma sospechosa.

El coche se detuvo y la portezuela se abrió.

—Suba, señor Baxter.

Era la vizcondesa de Landry, elegantemente vestida con un conjunto *sport* que recordaba haber visto en un desfile de Fath. Como las maniquíes, la vizcondesa presentaba un aspecto radiante y exquisito.

Ken se deslizó en el cuero rojo del asiento, junto a la dama.

—Es demasiado honor para mí, *madame*.

Ella, atenta al tráfico, no respondió. Sus manos enguantadas maniobraron el volante hasta introducirse en un claro de la corriente automovilística.

—¿A dónde le llevo, señor Baxter?

Ken miró a la hermosa mujer. Estaba en la flor de la vida y, sin embargo, tenía un velo de tristeza en su semblante, como si hubiera tenido que renunciar a muchas cosas.

—¿Qué ha venido a decirme, *madame*?

Ella le miró furtivamente.

—Yo pensaba que sería más... galante.

—Hablando con sinceridad, sospecho que debe tener motivos muy poderosos para aguardarme a la puerta de la comisaría con su coche. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—Cuando se lo llevaron a usted en el coche-patrulla, interrogué a uno de los agentes... —hizo una pausa y frenó al encenderse un disco rojo—. Quería darle las gracias por lo que ha hecho: salvó a Vicky de algo horrible.

—No tiene que agradecerme nada: no fui un héroe. Aquel plástico iba destinado a mí.

—No tiene por qué restar méritos a su gesto. Le ruego me perdone por mi brusquedad anterior.

—Por favor, *madame*...

—Mi nombre de pila es Ana —ella se volvió y le sonrió—. ¿Podemos ser amigos?

Le ofreció su mano, pequeña y distinguida, que Baxter besó.

—Es usted encantadora, Ana.

El rojo cambió a verde, y el vehículo siguió por la avenida, en dirección al Bois de Boulogne.

—Señor Baxter, voy a pedirle...

El periodista la interrumpió.

—Llámeme Ken, se lo suplico.

—Voy a pedirle algo muy importante para mí, Ken. ¿Va a

concedérmelo?

—No puedo negarme.

Entraban en el célebre parque parisino, y la vizcondesa detuvo el coche en un recodo, junto a unos rosales que exhalaban una fragancia primaveral apta para el amor en París.

—Esa muchacha se entrevistó conmigo en el «Salón Bleu», pero... no investigue más ni hable con la policía de ello. ¿Me lo promete?

Se había vuelto y le cogía ambas manos. Era suplicante su expresión. Todo en ella era refinamiento y exquisitez, pero estaba tan asustada que se entregaba con su vehemencia en brazos del muchacho.

Éste sujetó aquellas manos que temblaban.

—¿Teme que el general Aubert esté complicado en esto, Ana?

La dama se estremeció y cerró los ojos. Dos gruesas, lágrimas rodaron por sus mejillas y su silencio fue revelador.

Ken dejó que se serenara. La vizcondesa se apartó y volvió el rostro hasta que hubo pasado el instante de debilidad. Al sentirse mejor suplicó:

—No siga, por favor.

—Le prometo no hacer uso de lo que me diga, a no ser que revele directamente la identidad del asesino.

—¡Marcel es un caballero!

—Conociéndola a usted, debo creerlo. Cuéntemelo todo, ¿quiere?

—¡Le aseguro que Marcel no tiene ninguna relación con esto! Su única culpabilidad, de existir alguna, es haber sido demasiado bueno con unos oficiales rebeldes a los que ha protegido en Orán, a pesar de haber comprobado que pertenecían a la

O. A. S.

Marcel no los procesó. Se limitó a amonestarles y obtuvo de ellos su palabra de que romperían con el Ejército Secreto, pero no hicieron honor a su promesa y huyeron. Al parecer, el informe de lo ocurrido estaba en una agenda de la que me habló esa muchacha, Nicole, y quería dinero por hacer desaparecer esos datos.

—¿Se lo dio usted?

—No tenía tanto en efectivo.

—¿Cuánto pedía?

—Diez mil nuevos francos. Se los tenía que dar hoy, cuando nos viésemos en el lugar que previamente habríamos acordado por teléfono.

—¿A qué número tenía que llamarla usted?

—Yo debía aguardar su llamada. Pero ahora...

—¿Le dijo dónde estaba esa agenda?

Negó lentamente.

—No; ni siquiera la vi.

—Pero usted creyó en ella. ¿Por qué?

—Tenía noticias de lo ocurrido en Orán porque Marcel me lo confió.

—Sin embargo... ¿Qué está ocultándome. Ana?

—Se lo diré todo. El agente que consiguió esa información en Oran y al que pertenecía la agenda en la que figuraban todos los datos era... Alfred Conti, un teniente que... pretendía a Vicky. Alfred visitó a Vicky en cuanto llegó a París, antes de entrevistarse con sus superiores, y le comunicó lo que había averiguado acerca de mi marido. Estaba destrozado. Su deber le forzaba a rendir cuentas de lo que sabía y, al propio tiempo, se daba cuenta de que nunca alcanzaría a Vicky sí, por su culpa, Marcel era procesado.

—Entiendo... y lo lamento, Ana.

—Yo hablé con Alfred y le pedí que me diera unas horas de tiempo para llamar a Marcel y avisarle del peligro que corría. Alfred accedió y...

—¿Telefoneó usted a Orán?

—Sí, pero mi marido no quiso aceptar mi propuesta. Él es un caballero, un militar a la vieja usanza, y jamás desertará. Le pedí que huyera a Londres, donde nos reuniríamos, pero rehusó. Luego... supe que Alfred se había suicidado en su hotel. La policía me informo de que él había dejado una carta en la que explicaba que había perdido la agenda.

—Así, Alfred y Nicole tenían relaciones...

—Al parecer. Le pregunté a esa muchacha qué había hecho con Alfred, pero no me contestó. Estaba llena de odio hacia mí. Me dio la impresión de que me hacía responsable de lo que le había ocurrido a él.

—Eso es extraño, ¿no? Ella debía saber la causa de que Alfred se pegara un tiro...

—Se lo dije y ella me respondió que no tenía por qué fingir con ella, que sabía perfectamente que entre todos nosotros le habíamos matado para impedir que diera aquellos nombres a la policía. Pero ella no sería tan estúpida como Alfred y no daría la agenda a la policía, sino que nos sacaría todo el dinero que pudiese.

—Era muy propio de Nicole. Pero ¿qué razón tenía ella para saber que Alfred no había acabado con su propia vida?

—No me lo dijo. Y quería a Alfred, se lo aseguro. Lo noté. Lloró al principio, pero luego la rabia le secó los ojos...

Ken se pasó una mano por la frente. Era increíble la cantidad de cosas que ignoraba de aquella muchacha que había sido el centro de su vida últimamente.

—Afectó esto mucho a Vicky, ¿no es cierto?

—Sí, pero no amaba demasiado a Alfred. El... no la había enamorado, aunque mi hija le tenía cierta simpatía.

Pulsó el botón del encendido y sacó el coche de allí. Lentamente, salieron del Bois de Boulogne.

—No hable de esto a la policía, Ken. ¿Me lo promete?

—Sí; se lo prometo... a menos que me obliguen.

## CAPÍTULO VI

Decidió almorzar en el Club de Prensa, y cuando el camarero le hubo servido el plato combinado y la cerveza notó que alguien se detenía ante su mesa.

—Veo que no haces honor a la cocina francesa y sigues con esas horribles combinaciones americanas —Denis Romain acercó una silla y se sentó frente a Ken.

Éste alzó la vista del plato.

—Cuando tengo el cerebro ocupado con algún problema, soy incapaz de concentrarme en vuestras especialidades. ¿Me acompañas, Denis?

El presidente del Club de Prensa negó.

—Hoy es mi día de dieta y tomo sólo un vaso de uno de esos brebajes para perder grasas. Mi cintura ha aumentado últimamente de un modo acusador. A propósito, Ken, enhorabuena. Eres uno de los pocos que han escapado al plástico.

El muchacho dejó de cortar un filete de jamón.

—¿Cómo lo sabes?

Denis sonrió.

—Tengo contactos en la policía.

—Ya —seguía observando a Denis sin acabar de adivinar lo que había tras la mirada de sus ojos grises—. ¿Sabes, Denis? Estoy pensando algo no muy grato.

—Dime, Ken. ¿Puedo ayudarte?

—Estoy recordando que tú eras la única persona que sabía a dónde me dirigía. El atentado tuvo lugar en la puerta de la mansión de la vizcondesa.

—Olvidas a alguien más, Ken: la

O. A. S.

Parpadeó, súbitamente compungido.

—¿No irás a pensar que la

O. A. S.

y yo tenemos relaciones?

—Es una coincidencia rara, Denis.

El aludido rió.

—Si no fuéramos amigos pensaría que sospechabas de mí.

—Eso es justamente lo que estoy haciendo, Denis. Francia está viviendo unos días difíciles con el problema de Argelia. Ya sé que todos deseáis una solución justa, pero cada cual sustenta su propia teoría y esto ha hecho nacer la desconfianza.

—La

O. A. S.

nos ha puesto a todos los nervios de punta.

—Lo malo es que hay mucha gente que les protege. De otra forma, no se explica la impunidad con que actúan y lo rápidamente que se enteran de cuánto les interesa. Pero han ido más allá de sus propósitos iniciales y están haciendo uso de un terrorismo que no les beneficia. El fin no justifica los medios, Denis, y hace tiempo que la

O. A. S.

carece de toda justificación.

—¿Por qué me dices esto, Ken?

—Sirve a modo de advertencia. Dentro de poco habrá mucha gente ansiosa por demostrar que nunca tuvo afinidades con ese Ejército Secreto. Llegará un momento en que se harán, de verdad, investigaciones para delimitar culpas, y ese día será demasiado tarde.

—¿Crees que soy miembro de esa organización?

—Nadie más que tú puede responderlo. Denis. Tú y... una agenda venida de Oran.

Había terminado. Firmó la nota presentada por el camarero y salió del club. En su cabeza danzaban las ideas confusamente, sin lograr ensamblarlas. Un taxi le llevó al palacete de la Avenue Kleber y apenas había entrado en el saloncito que ya conocía cuando apareció Vicky Aubert.

La muchacha había cambiado su atuendo matinal por un vestido sencillo de punto, que modelaba graciosamente su cuerpo joven.

—Me alegra mucho verle, señor Baxter —dijo ella, abandonando su mano entre las del muchacho—. No había tenido oportunidad

para agradecer...

Ken sonrió.

—Olvídese de eso, ¿quiere?

—Lo haré si me acepta un café: lo preparo yo misma...

—Nada puede asustarme, ahora que estoy familiarizado con el plástico —bromeó él.

Vicky rió alegremente.

—En ese caso, tendrá que venir a mi estudio. Lo tengo en la parte alta. Allí he decorado unas habitaciones que me hacen feliz, lejos de esta decoración agobiadora —y señaló los pesados cortinajes y las molduras doradas.

—Me encantará entrar en su santuario.

Efectivamente, el estudio de Vicky era delicioso. Se advertía la mano de una mujer sensitiva y un gusto adquirido a través de generaciones. Era muy moderno, en contraste con los pisos inferiores, pero de cuando en cuando se hallaba el reconfortante contraste de una antigüedad. Había mucha luz, mucho espacio y pocos muebles, pero extremadamente confortables.

Una cafetera italiana sobre un antiguo infiernillo de bronce componían un extraño contraste. En unos minutos el café humeaba en las tazas. Era, ciertamente, exquisito.

Ken lo reconoció.

—Retiro mi insinuación anterior.

—Sabía que le gustaría.

Había unos lienzos vueltos contra la pared y un caballete con un bastidor, bajo una claraboya abierta en el tejado. Desde donde estaban era imposible ver qué había estado pintando Vicky.

—Ignoraba que le gustara el arte. ¿Puedo ver sus obras?

—No le había dicho nada para no someterle, por compromiso, a la obligación de interesarse.

Ken tomó una de las manos femeninas.

—Es usted una chica extraña, Vicky. Uno nunca imaginaría que una rica heredera, con títulos, por añadidura, fuera tan sensible.

Vieron los lienzos. Tenían vida y personalidad. Los temas eran casi siempre figuras: retratos o composiciones desprovistas del amaneramiento académico que sería lógico esperar.

—¿No ha expuesto nunca?

—¿Esto? Es muy malo.

—No debe ser tan humilde. No es lógico en unos tiempos en que todos somos genios —vio el retrato del caballete, apenas esbozado —. Me gustaría haber merecido una cosa así.

El carboncillo solo había limitado sectores de color, pero se advertían unas facciones jóvenes y nobles.

Vicky lo retiró.

—Él no lo merecía. Hacía días que no subía por aquí y por eso no lo había destruido.

Ken comprendió.

—¿Era... Alfred?

La muchacha asintió.

Volvieron a los sillones ante las tazas de café. Vicky parecía haber perdido su naciente animación y otra vez volvía a estar seria y reconcentrada.

—Hablé esta mañana con su madre, Vicky. Me lo contó todo.

—Lo sé.

—¿Usted creía a Alfred capaz de hacer lo que hizo? Perdóneme que le hable en estos términos.

—¿Cuál es su interés en esto, señor Baxter?

—Mi nombre es Ken y... creía que éramos buenos amigos. Le contestaré con toda claridad, Vicky. Entre Nicole y yo había unas relaciones, nada serio, los dos lo sabíamos, pero aun así creo un deber de lealtad hacer algo por ella, ahora que ha muerto. Y lo único posible es descubrir a su asesino. Por otra parte, hay una noticia en esa agenda, y mi deber es encontrarla y servirla a mis lectores.

Se hizo un largo silencio sólo roto por los pequeños ruidos de Vicky al servir café de nuevo.

—No ha respondido a mi pregunta —recordó él.

Vicky cogió con manos temblorosas un cigarrillo, que él encendió.

—La verdad es que nunca hubiese creído a Alfred capaz de perderse en una aventura de esa índole.

—Eso confirma lo que ya sé. Me temo que las cosas hayan ocurrido de forma muy distinta a como se ha dicho.

—¡Pero ambos estuvieron juntos! ¡Nicole no se lo negó a mi madre! Además, ella poseía la agenda... y para entonces Alfred ya estaba muerto.

Ken asintió.

—También usted y yo estamos reunidos, ahora, sin testigos...

—Pero... hay un motivo. Nos conocíamos, yo le estoy haciendo los honores... y nuestra reputación...

Sonrió él.

—Son circunstancias distintas, y sólo he querido hacerle ver que no es posible deducir algo tan grave como lo imputado a Nicole y a Alfred sólo por las apariencias.

—¿Qué otra relación podía haber entre ellos?

—Me gustaría saberlo.

—Además, usted olvida algo: Alfred se suicidó y dejó una carta en la que explicaba dónde había perdido la agenda.

—¿Dónde se disparó?

—En la sien derecha.

—¿Vio usted la carta que dejó?

—Sí; querían que identificase su firma.

—¿Su firma? ¿Y el texto de la misiva?

—Estaba escrito a máquina.

—¿Identificó usted la firma?

—Sí.

—¿La había visto muchas veces?

—En sus cartas desde Argelia.

—¿Cuántas recibió?

Pensó un instante.

—Creo que fueron dos.

Ken movió la cabeza.

—No creo que sea suficiente su testimonio. Vicky.

—¿Qué es entonces lo que piensa?

—Podemos imaginar que Alfred no se suicidó, sino que lo mataron.

—¡Pero se entrevistó con Nicole!

—Vamos a admitir que estuvieron juntos, pero si en lugar de suicidio fue asesinato, debemos reconocer que la carta es falsa, lo cual nos permite afirmar que su contenido también lo es. O dicho en otras palabras, que la aventura galante de Alfred con Nicole sólo existió en la mente del que escribió la carta, que fue el mismo asesino. ¿Lo entiende?

—Sí, pero nada permite sostener esa Teoría...

—Por ahora es sólo una idea, pero buscaré pruebas. ¿Quiere ayudarme, Vicky? Nuestra investigación podría rehabilitar a Alfred y hacer que su asesino fuera castigado.

La muchacha afirmó con la cabeza.

—Haré lo que sea preciso.

—Usted quizá conocerá a la familia de Alfred o a sus amigos, ¿no? Trate de averiguar todo lo que pueda de él. Yo haré algo parecido... si me proporciona una foto de Alfred.

La muchacha abrió un cajón y sacó una foto de Alfred, vestido de uniforme, quizá recién salido de la Academia.

—Gracias, Vicky. La llamaré por teléfono a última hora.

Se despidió y cruzó con paso vivo el jardín. Al llegar a la puerta tuvo que hacerse a un lado porque vio que entraba un automóvil por el paseo de coches. Quedó pegado a una de las columnas y en aquella posición permaneció fuera de la vista del conductor del vehículo, aunque no así éste a la vigilancia de Ken.

La maniobra fue lenta, y Baxter tuvo tiempo de reconocer a Denis Romain que dirigía el coche hacia el palacete. Lo detuvo y subió ágilmente la corta escalinata que existía ante la puerta principal.

Con la frente llena de arrugas, Ken salió a la Avenus Kleber, en busca de un taxi...

## CAPÍTULO VII

Los locales nocturnos empezaban a estar animados a aquella hora. La segunda parte de su plan tenía que comenzar entonces, en el mundo confuso y lleno de secretos del «Burlesque».

Descendió Ken del taxi que le había llevado hasta allí y bajó a la sala. André estaba atendiendo a unos clientes, pero en cuanto le vio le hizo una seña de que deseaba hablar con él. Ken asintió, y pasó a los servicios a fin de llamar por teléfono. Henriette le dispensó la mejor de sus sonrisas.

—Oh, señor Baxter, qué bombones tan deliciosos...

Ken palmeó la mejilla femenina.

—Te mereces mucho más, y algún día me dedicaré a ello.

Las pestañas femeninas agitaron el aire.

—Usted no se fija en chicas como yo.

Para demostrarle lo contrario, la besó. Henriette se olvidó por ello de los teléfonos que sonaban hasta que Baxter señaló el panel de instrumentos.

—Atiende, nena, o perderás el empleo.

Como si fuera una invocación apareció Paul Monceau, el dueño del «Burlesque», un parisino de ojos negros y piel oscura que había tenido algún disgusto por haber sido tomado por argelino. Nadie sabía exactamente su edad ni secreto alguno de su vida. Sólo era notorio que manejaba el «Burlesque» con mano lo suficientemente dura para que nadie perdiera el equilibrio en tan difícil tinglado.

—Henriette, olvídate de tus sentimientos mientras estés de servicio. Y usted, señor Baxter, por favor, aguarde a que la chica termine su trabajo...

—Vine preguntando por Nicole. ¿La ha visto usted últimamente, Paul?

—¿Nicole? ¿No ha muerto?

—¿Cómo lo sabe?

Monceau se encogió de hombros.

—Son cosas que circulan por ahí.

—No lo ha publicado la Prensa.

—No —admitió—. Pero ¿qué sería de mi negocio si no me enterase de lo importante antes de que fuese del dominio público?

Ken lo miró con sorpresa. Hasta entonces Paul Monceau había sido sólo una sombra en el «Burlesque» en la que no había reparado, y Ken se dijo que quizá había cometido un grave error.

—¿Tenía algún amigo Nicole?

—Usted mismo, ¿lo ha olvidado?

Se estaba burlando de él.

—No; eso no es posible olvidarlo —respondió ácidamente—. ¿Alguien más?

Se encogió de hombros nuevamente el dueño del local.

—Todas estas chicas tienen siempre mil líos.

Se alejó. Henriette compuso una mueca burlona dirigida a la espalda del dueño, y Kent lo siguió con la vista hasta que hubo desaparecido. Luego se metió en una cabina y obtuvo línea de Henriette.

Marcó el número de Vicky y casi al instante oyó la voz de la muchacha.

—Soy Ken —anunció al tiempo que miraba a través de los cristales. Henriette, siguiendo su costumbre, parecía escuchar la conversación—. ¿Ha averiguado algo?

—Sí; una cosa muy importante. Le va a sorprender como a mí... —Parecía excitada por el descubrimiento.

—No hable. Puede estar alguien escuchando, ¿sabe?

Henriette respingó ante la centralilla, y Ken continuó:

—Estoy en el «Burlesque», un local del Barrio Latino, en la rue de Sommerard. Venga a buscarme en su coche dentro de media hora. ¿De acuerdo?

—Allí estaré.

Colgó. No habían hablado cosas de interés, y aunque alguien hubiese escuchado la conversación nada en limpio habría sacado.

Henriette estaba enfurruñada, y Ken pasó de largo. En la sala reinaba un silencio cálido. Un único foco bañaba la plenitud de Gigí en el pináculo de su exhibición. Ken se deslizó hacia la salida de artistas y tomó, de manos de la doncella que atendía a éstas, el

albornoz.

Con los aplausos, Gigí apareció tras el biombo que ocultaba la puerta. Baxter la envolvió juntándose sus miradas.

—En todo el día te he visto. Ken, ¿qué has hecho?

Una vez en el camerino, la artista se vistió para salir.

—Investigué en un lado y en otro.

—¿Continúas decidido a averiguar quién mató a Nicole?

—Sí. ¿Quiénes eran los amigos de ésta?

—No lo sé. Ella no era una chica muy explícita.

—Pero le verías en compañía de alguien, ¿no?

—Últimamente te dedicaba todo el tiempo.

—Pero le quedó algo para atender a un teniente unas horas antes de morir. ¿Sabes algo de eso?

Gigí le miró por encima del biombo.

—¿Un teniente? No.

Ken sacó la foto del bolsillo y la mostró a la artista.

—¿Le has visto alguna vez?

Ella volvió a negar.

—Siento no poder ayudarte.

Ken la miraba a los ojos y le pareció notar una crispación en las pupilas. Pudo ser imaginación suya, pero algo le hacía desconfiar de todo desde que viera el cadáver de Nicole en la Morgue.

—Gracias, lo averiguaré de todas formas.

Encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Qué harás esta noche, Gigí?

—Tengo... un compromiso. Verás, no te vi en todo el día y...

—No importa —abrió la puerta—. Estoy muy cansado y de no muy buen humor para buscar diversiones.

Salió a la sala y rodeó la pista de baile donde las parejas se apretujaban en un compás lento. André parecía al acecho, y en cuanto le vio fue a su encuentro.

—Le tengo reservada su mesa, señor —había cerca otro camarero y extremó su cortesía—. No ha sido fácil, pero tenemos atenciones con los clientes habituales.

Le hizo una seña imperceptible, y Ken siguió al fiel camarero hasta un rincón. Allí, y una vez se hubo cerciorado André de que nadie les escuchaba, susurró al tiempo que arreglaba el mantel:

—¿Es cierto que ha muerto Nicole, señor Baxter?

—¿También tú te has enterado?

—Gigí se lo dijo al patrón y luego ha corrido todas las dependencias. ¿Es cierto, señor?

—Sí.

Miró André en torno nuevamente.

—Tengo algo para usted, pero temo que me vigilan. Pida algo de cenar y le traeré la minuta: entre las dos hojas le meteré la carta que Nicole me dio para usted en el caso de que le ocurriera algo.

Baxter tuvo que apelar a todo el dominio de sí mismo para no revelar asombro. Como había dicho André muy bien, alguien podía estar vigilándoles.

Asintió, y el camarero desapareció para volver unos instantes después.

—Le recomiendo los platos fríos, señor.

Ken abrió la doble cartulina en la que estaban anotados los platos y sus respectivos precios. Al hacerlo, un sobre de papel Manila se deslizó sobre sus rodillas, donde permaneció hasta que Baxter hubo terminado de hacer el encargo.

Una vez se hubo marchado André, Ken deslizó el sobre en el bolsillo de su chaqueta, aguardando la ocasión para examinar su contenido sin molestos testigos.

Cuando regresó el camarero. Ken puso en el mantel la foto del teniente.

—¿Le conoces?

Mientras le servía, el camarero echó una ojeada a la fotografía.

—Lo vi antes de ayer aquí mismo, señor Baxter. Acompañaba a Nicole.

—¿Dices que estuvo aquí?

—Sí, pero no de uniforme.

—¿Cómo no me lo dijiste antes?

—Ella me hizo prometer que no lo diría a nadie, a menos que le ocurriera algo grave. Por eso me dio también la carta para usted, con esa condición. Si todo salía bien, me dijo, vendría a reclamar su carta y yo debería silenciar lo ocurrido.

—Tenía mucha confianza en ti.

—Sí, señor. Nos hicimos mutuamente muchos favores. Mi mujer tiene poca salud y con frecuencia necesito mucho dinero para médicos y medicinas. Ella siempre me lo daba. ¿Quién la ha

asesinado, señor?

—La O.A.S.

André no pudo contener un estremecimiento.

—Le tengo afecto a usted, señor. Por eso le aconsejo que no se meta en eso.

—Llega un poco tarde el consejo, André: ya han intentado matarme un par de veces. Es curioso... Gigí ha negado conocer al teniente de la foto y si estuvo aquí tuvo que verlo, ¿no?

—Oh... pero ella ha mentido... Precisamente Gigí y Nicole estaban juntas cuando se presentó el teniente. Incluso Nicole los presentó... y luego Gigí se marchó, dejándoles solos.

Ken apretó los labios.

—Gracias, André. Me ha servido de mucho tu ayuda. ¿Sabes de alguien más que conociera al teniente?

—No; fue la única vez que le vi aquí, a no ser que sus visitas anteriores coincidieran con mi día libre.

—¿A dónde fueron?

—Tampoco lo sé. Tomaron un taxi, eso es todo.

Ken deslizó un billete grande bajo la minuta.

—Hay algo que aprecio sobre todas las cosas, André: la fidelidad.

Se alejó el camarero con una reverencia, y Ken terminó de cenar el breve menú encargado. Luego, trazado su plan de acción, volvió a los camerinos, pero no encontró a Gigí. Salía del camerino cuando tropezó con Paul Monceau.

—¿Buscaba algo?

—A Gigí. ¿La ha visto?

—Creo que salía.

—Pero no ha terminado su actuación...

—Me pidió permiso: dijo que no se encontraba bien.

Ken fue a correr hacia la salida, pero Monceau se interpuso en el camino.

—¿Qué es lo que busca, señor Baxter?

—No creo que le interese.

—¡Oh, se equivoca! Todo cuanto ocurre en el «Burlesque» me interesa, ¿comprende? Y no está bien que usted entre y salga por todas las dependencias, como si fuera el dueño...

Ken le apartó con cierta rudeza.

—Ya hablaremos de eso en otro momento, Paul.

Se apresuró para llegar a la salida. Una vez en la escalera corrió hacia la puerta, pero llegó demasiado tarde.

Gigí subía a un coche negro que Baxter conocía muy bien por haberlo visto aquella misma tarde. Al volante, demasiado duro el gesto para acudir a una cita galante, Denis Romain.

Ken exhaló el aire que llenaba sus pulmones y parpadeó. Nunca había sabido que Gigí y Denis se conocieran y, sin embargo, aquél era el compromiso de que le había hablado la amiga de Nicole.

Pensó en la

O. A. S.

y en sus múltiples ramificaciones.

Metió las manos en los bolsillos y algo crujió haciéndole recordar que aún no había leído la carta que Nicole parecía enviarle desde el Más Allá.

La letra era inconfundible por el trazo picudo que daba Nicole a su escritura, pero en aquella ocasión había también nerviosísimo y prisa.

«Querido Ken:

»Quizá estoy cometiendo una locura y sólo en el último momento me doy cuenta de ello. Tenías derecho a saber algo más de mí, y desde luego debería haberte pedido consejo. No lo hice porque sabía cuál iba a ser éste y que me convencerías para que no me metiera en algo tan peligroso como el asunto en que me hallo, pero ya es tarde. Han matado a mi hermano, Alfred Conti, teniente y agente anti-O.

A. S. Llegó él hace unos días de Orán, después de obtener una agenda con los principales nombres de la O. A. S.

en París. Tenía un conflicto sentimental porque uno de los nombres comprometía a la familia de la mujer a la que amaba. Por eso se retrasó en presentarse a sus superiores y vino a verme para obtener consejo. Se lo di. Quedamos en que él debía cumplir con su deber,

pero al mismo tiempo tenía que avisar a la mujer que amaba para no dañarla. Lo hizo y me dio la agenda para que la guardase. Luego volvió a su hotel, donde a la mañana siguiente apareció muerto, suicidado según me dijeron en el mismo hotel cuando llamé. Entonces pensé utilizar la agenda y cobrarme la muerte de Alfred. He tratado de obtener mucho dinero por esas pruebas... y creo que me lo darán. Ahora iré al encuentro de una de las personas comprometidas. Si lees esta carta quiere decir que he corrido la misma suerte que Alfred. De todas formas, te quiero, Ken, y... tengo mucho miedo: me gustaría que estuvieras a mi lado.

«Recuérdame alguna vez.

»*Nicole*».

Baxter sentía dentro del pecho una rabia sorda que superaba a la sorpresa de conocer el parentesco de Nicole y Alfred. No era difícil deducir que el teniente había ocultado siempre la existencia de aquella hermana para no ver reducida su dignidad.

Guardó la carta y volvió a la sala. André le sirvió un café, y Ken hizo tiempo para reunirse con Vicky a la puerta del «Burlesque».

Siguió con impaciencia la marcha de las manecillas de su reloj, y cuando faltaba un minuto abonó la consumición y salió del local. Un coche apareció en la esquina, y la luz de los faros le iluminó. Ken aguardó a que se detuviera, pero el coche pasó de largo, y sólo entonces vio que no iba conducido por Vicky.

Miraba en aquella dirección y no escuchó el suave rodar de un coche oscuro a su espalda. Sólo notó algo extraño cuando uno de los hombres estaba a muy poca distancia.

Se volvió, pero la pistola en los riñones le inmovilizó.

—Suba al coche, señor Baxter.

Un escalofrío recorrió la espalda del muchacho.

¡Era la voz del mismo hombre que le había raptado la otra vez! Resultaba inconfundible su acento centro-europeo, aunque su francés era correcto. Otra vez recibía la visita del verdugo de la O. A. S.

y no dudaba de que sería la última. Ken se resistió, no obstante, a

subir.

—¿Qué pretende?

—Terminaremos aquella conversación, ¿recuerda? Pierre fue muy tonto.

—No le acompañaré.

—¿No? Vamos, no sea niño, ¿quiere que lo mate aquí mismo?

—No les interesa silenciarme... tan pronto.

—Eso es cierto, pero le daré un culatazo en la nuca y lo meteré en el coche como si fuera un fardo: sólo usted lo lamentará.

Comprendió que cumpliría su palabra. El chofer mantenía la puerta abierta y el motor ronroneante, con la marcha metida a punto de arrancar. Aunque hubiera testigos, en unos segundos lo sacarían de allí sin que nadie pudiera impedirlo.

Se inclinó y entró en el departamento posterior. El judío hizo lo propio y cerró la portezuela. El coche arrancó acto seguido a toda velocidad.

En la esquina casi se abalanzó sobre un descapotable que Baxter reconoció en el acto. Los focos del coche deportivo les iluminaron durante un segundo, a punto de chocar, pero un hábil golpe de volante del chofer de la

O. A. S.

les libró en el último segundo, con prolongado gemido de neumáticos. El coche siguió adelante a toda velocidad, y Ken tuvo que dominarse para no mirar hacia atrás a ver si Vicky les seguía. Se daba cuenta de que la muchacha le había reconocido, pero no estaba en condiciones de adivinar su reacción. En cualquier caso, ella era ya su única esperanza.

## CAPÍTULO VIII

El coche rodaba a buena velocidad por el Quai Bernard, en la orilla del Sena. Ken sentía a su lado la presencia amenazadora de su raptor y desde lo más íntimo de su ser pedía que Vicky tuviera la suficiente presencia de ánimo para llamar a la policía y acudir en su auxilio.

—Esta vez no escapará usted —oyó que decía a su lado el judío—. Debe convencerse de que no es posible seguir jugando con nosotros. ¿Dónde está la agenda...?

—Pues...

¡Zas!

La bofetada le partió los labios. Sintió el sabor salado de la sangre y un fuego abrasador le subió por las venas forzándole a una acción que contenía la visión de la amenazadora pistola.

—Ya nos hemos cansado de mentiras y dilaciones. Urge esa agenda, Baxter.

—¿Me dejará en libertad? —Tenía que ganar tiempo desesperadamente. No sabía para qué, pero estaba seguro de que su salvación, de llegar, sería más tarde.

—No está en situación de imponer condiciones ahora. Debíó hacerlo al principio.

—Si van, a matarme, no esperará que además le facilite el trabajo.

—Usted no conoce lo que le espera si logra enfadarme, Baxter.

Era evidente que se dirigían a la guarida secreta. Si no conseguía escabullirse antes de llegar, nunca más vería la luz del sol.

Suspiró y fingió ceder.

—De acuerdo. Le daré la agenda.

—¿Dónde está?

Ken vaciló un instante. No le costaba trabajo decir una mentira, pero sería conducido a la guarida y ellos acabarían por saber que

les había mentido. En cambio, si conseguía apoderarse de aquella pistola...

El sudor le rodaba por la frente y cegaba su visión. Notaba un sofoco creciente y que la ropa se le pegaba al cuerpo. Era algo parecido a una agonía, pero él sabía que sufriría hasta enloquecer si les permitía que le pusieran las manos encima.

Era preferible acabar lo más rápidamente posible.

—La tengo en mi bolsillo.

Cerró los ojos porque el sudor se introducía en ellos, irritándoselos. Tenía necesidad de gritar o de llorar. Sus nervios estaban tensos como hilos de acero. Boqueó. Nunca se había encontrado en una situación como aquélla. No era ya la muerte, sino la incertidumbre, la tensión. Miraba el frío e impassible rostro del judío, su nariz aguileña, sus ojos grises en los que no había el menor sentimiento. Era como un robot preciso y cruel.

—Sáquela, sin tretas.

Baxter inhaló aire. Aquélla era su única oportunidad. Después de aquello la muerte.



*Aquella era la única oportunidad..., y después la muerte*

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Allí estaba el carnet de notas con tapas de piel: un regalo navideño de Nicole.

Lo ofreció a su raptor. Éste lo atrapó bruscamente y lo abrió al azar.

Sus ojos bajaron un segundo para mirar las páginas. Sin duda

quería cerciorarse de su contenido.

Ken supo que su oportunidad había llegado. Duraba sólo una fracción de segundo, una décima o una centésima. Ni antes ni después. Si en aquel mínimo espacio de tiempo fallaba su resolución, todo se habría perdido. Y aun en el caso de que todo su cuerpo respondiera a la orden de su cerebro resultaba problemático el éxito.

Percibió el impreciso gesto de sorpresa del judío al notar la falsedad de la agenda y adivinó que iba a golpearle con la pistola, en el rostro.

El muchacho le golpeó la muñeca con una mano al tiempo que le propinaba un salvaje cabezazo en la nariz y en la boca.

Sonó un disparo. La bala golpeó la cabeza del conductor, y el coche se llenó de pronto de humo y sangre. Un instante después, el vehículo daba bandazos peligrosamente, caído el chofer sobre el volante.

Ken abrió la portezuela, tratando de saltar, pero el judío no estaba fuera de combate. Le sujetó y trató de golpearle todavía con la mano armada.

Baxter le golpeó con una ferocidad que no se hubiera creído capaz de manifestar. Sin embargo, aquella mano no le soltaba y el coche enfilaba directo la balaustrada del Sena.

Ken machacó de nuevo aquel rostro y luego castigó la mano armada. La pistola cayó, pero las manos de su enemigo le sujetaron del cuello, como si quisiera hundirlo con el coche en las negras aguas.

Se impulsó hacia afuera, con toda la fuerza y la desesperación de que era capaz. El aire le succionó y le ayudó a salir, pero el judío estaba aferrado a él y los dos cayeron juntos.

El choque fue violento, durísimo. Por fortuna, el judío cayó primero y recibió la mayor parte del impacto. Ken permaneció inmóvil, en el límite de la consciencia. Vagamente percibió el choque del vehículo contra la balaustrada y luego el chapoteo al entrar en el agua, una veintena de metros más abajo.

El tiempo pasó sin posibilidad de calcularlo. Le despertó el chirrido de unos frenos. Luego, un taconeo nervioso llegó hasta él.

—¡Ken, Ken...!

Un perfume y luego unas manos suaves, acariciándole el rostro.

—¡Señor Baxter! ¡Respóndame!

Gimió y abrió los ojos. Vicky estaba allí, iluminada por la brillante luz de los focos del convertible alemán.

—Oh, ayúdeme... No deje escapar a este hombre... Es de la O. A. S.

Con el auxilio de Vicky consiguió sentarse sobre el asfalto. El judío continuaba inmóvil, de bruces. Parecía malherido por el impacto.

Sobreponiéndose, Ken registró los bolsillos de su raptor presurosamente, ya que un coche patrulla se acercaba y varios automóviles se detenían ante lo que creías un atropello.

Encontró una cartera y la examinó. Contenía dinero y un documento de identidad a nombre de Kurt Procnic.

Ken la puso en la mano de la muchacha.

—Guárdela y no hable de ella.

El coche patrulla se detuvo. Un agente acudió rápidamente.

—¿Qué ha sucedido?

Baxter se encontraba mejor y recobraba fuerzas a cada segundo.

—Fui raptado por la

O. A. S.

Este hombre era uno de ellos. Su compañero está en el Sena, dentro del coche. Avisen al inspector Joffre: él me conoce.

El compañero del agente examinaba entre tanto al herido.

—Hay que trasladarlo rápidamente al hospital: está grave.

—Pediré una ambulancia por radio y hablaré con Joffre.

Ken y Vicky acompañaron al policía al coche patrulla. Un instante después sonaba la voz nasal del inspector.

—¿Está ahí Baxter todavía? —preguntó incisivamente.

—Sí, inspector.

Ken cogió el micrófono.

—¿No se quejará de mí, verdad inspector? Le he capturado una buena pieza...

—¡Cállese y venga a mi despacho inmediatamente! ¿Me ha oído?

Su tono era más abrupto que nunca.

—Pero...

—¡No quiero explicaciones! ¡Deje de hacer el polizone y venga acá!

La gente se arremolinaba atraída por el incidente.

—Tráigame a Baxter y no lo pierda de vista, agente —añadió antes de cortar la comunicación.

Ken empujó a Vicky por entre los curiosos.

—Deprisa.

Salieron del círculo y echaron a correr, abandonando el convertible. El policía empezó a pegar gritos, pero los curiosos eran el mayor obstáculo, y para cuando quiso librarse del acoso de éstos, los dos fugitivos se habían perdido en una de las callejuelas próximas al Sena.

Salieron a una placita y vieron un taxi libre. Baxter empujó dentro a la muchacha y luego saltó él a su interior.

Un billete grande convenientemente exhibido hizo el milagro de que el taxista tuviera un enorme interés por pisar a fondo el acelerador.

Llegaron al palacete de la Avenue Kleber, y Vicky le condujo directamente a su estudio, en el ático. Ken se encontraba peor, al enfriarse. Notaba el cuerpo magullado y necesitaba una inmediata cura.

—Trataré de recordar mis cursos de enfermera —dijo Vicky en cuanto encendió las luces.

Baxter se derrumbó en un sofá. Le dolía todo el cuerpo y sentía una creciente necesidad de abandonarse al sueño y reposar largamente. Sólo su cerebro se encontraba lúcido y vigoroso, y sus ideas iban recomponiendo el rompecabezas.

Se adormiló, pero Vicky regresó al instante con antisépticos y una jeringuilla preparada.

—¿Qué es?

—Un calmante. Imagino que le duele todo el cuerpo.

—Sí.

Durante media hora se dejó cuidar por la muchacha. Era eficiente y sus manos resultaban acariciadoras. Al cabo de ese tiempo notó la reacción del inyectable y se sintió mejor. Quizá era una sensación momentánea que le sumiría más tarde en un malestar agudizado, pero por el momento se sentía con fuerzas para seguir investigando.

Vicky estaba, además, junto a él, y toda la vitalidad femenina parecía haber pasado a su cuerpo.

La tomó de la cintura y la miró largamente a los ojos.

—Vicky, gracias por todo. De no ser por ti...

La tuteaba, y ella parecía agradecerlo. Esbozó una sonrisa que él apresó entre sus labios.

Ella se plegó a la caricia masculina y cerró los ojos. Las finas manos se deslizaron hasta la nuca, y Ken pensó que había encontrado la mujer soñada.

—No es fácil encontrar a una chica como tú. Vicky, y...

Fue ella quien le besó ahora.

—Calla. No es tiempo para hablar de eso.

Le abandonó y se apresuró a recoger todo el material de cura que había esparcido por los alrededores. Era como una huida. Ken estuvo tentado de ir tras ella e impedirle que recobrara su habitual frialdad, pero se contuvo. Sabía que le haría daño terminar aquello como una aventura más. Vicky parecía haber despertado en él viejas sensaciones dormidas, sentimientos que había desdeñado hasta entonces cínicamente.

Por eso retiró la vista del cimbreado cuerpo femenino y recordó la cartera que había tomado del bolsillo de Kurt Procnic.

Vicky le dejó solo y él tuvo tiempo de abstraerse en el examen.

Era una cartera de cuero negro, llena de billetes. Salvo eso, no había más que la tarjeta de identidad de Procnic y una cartulina blanca sepultada en uno de los departamentos de la cartera.

La sacó y la miró con perplejidad.

Era una tarjeta-anuncio del «Burlesque» con su dirección y teléfono. «Los mayores encantos del París nocturno», decía el *slogan*. Aquello era todo: ni una dirección, ni teléfonos, ni mensajes o cartas. Nada en ningún lugar. Cuidadosamente palpó los forros en busca de departamentos secretos, pero no había nada más.

Vicky regresó. Se había peinado y cambiado de ropa. La tenue blusa de seda se había convertido en un severo vestido de *tweed*.

—Siéntate, Vicky.

Ella lo hizo, pero en un sillón lejano.

—Aquí.

—No.

Ken fue hasta ella y se inclinó sobre el sillón.

—Por favor, Ken. Siempre he sido una muchacha sensata —le costaba hablar—. Quizá han sido las emociones, quizá sentí lástima

de ti... O es que te amo, no sé. Déjame pensar. Cualquiera cosa que haga no quiero que sea a impulsos de una locura momentánea.

Baxter suspiró. Vicky era así: equilibrada, humana, temerosa.

Resultaba una situación difícil. Ken se sintió confuso de pronto. También a él le habían afectado los acontecimientos de las últimas horas.

Se apartó y sirvió coñac en sendas copas. Ofreció una a Vicky y él bebió la segunda.

—¿Qué has averiguado? No quise que hablaras por teléfono como medida de precaución.

La muchacha agradeció con una sonrisa el cambio de tema.

—Estuve haciendo preguntas acerca de Alfred y... al parecer tenía algún pariente: no murieron todos en la guerra.

—Ya sé. Una hermana, ¿no?

—Exacto. ¿Cómo has adivinado...?

Baxter le dio a leer la carta de Nicole. Cuando ella terminó la lectura había lágrimas en sus ojos.

—Oh, Ken... Me siento miserable...

—¿Por qué?

—No tenía derecho a dudar de Alfred. Él se portó siempre como un caballero, y... yo manché su recuerdo pensando que había tenido una sucia aventura.

—Nicole era su hermana. No es extraño que no hablase nunca de ella. Para un militar de carrera no es agradable que su hermana sea artista de *music-hall*. Sin embargo, ambos debían quererse a juzgar por esto y por la confianza que él demostró en Nicole.

Vicky devolvió la misiva a Ken.

—¿Quién escribió la carta que apareció junto a Alfred?

—Sus asesinos. Buscarían la agenda...

—Pero no había señales de lucha, según dijo la policía. Fue un disparo en la cabeza, a quemarropa; había quemaduras de pólvora. No es fácil matar a un hombre así... y menos a un militar, acostumbrado a luchar.

Era un razonamiento sensato que hizo pensar intensamente a Ken.

—Creo que ahí está la clave de este asunto... No hubo lucha... Sin embargo, le mataron, quizá por sorpresa... Eso explicaría que él no se resistiese... Lo cual nos hace pensar que Alfred confiaba en la

persona que le fue a visitar a su hotel. Le mataron y luego debieron registrar su cadáver en busca de la agenda, pero ésta no apareció, y entonces el asesino dedujo que la tenía Nicole, escribió esa carta pensando que tenía tiempo de encontrar a la muchacha y obtener de ella la agenda, pero volvió a fracasar y entonces me relacionaron a mí...

Se hizo el silencio. Ken encendió nerviosamente un cigarrillo y aspiró el humo con ansiedad.

—Eso reduce mucho los sospechosos, Ken —dijo la muchacha—. ¿Quién conocía tan a fondo, no sólo la relación de Alfred y Nicole, sino también la de Nicole y tuya? A mí me ha costado mucho saber que Alfred tenía una hermana, pero, aun así, ignoraba su identidad... hasta que la supiste tú por medio de la carta de la misma Nicole.

—No olvides que el asesino pensaba que eran otra cosa en lugar de hermanos.

—¡Es verdad!

Baxter se incorporó y paseó excitadamente. De pronto se detuvo.

—Sí, pudo ser como pienso.

—Dime.

—Sólo en el propio «Burlesque» sabían mi relación con Nicole.

—¿Quieres decir que es ahí dónde está la clave?

—Creo que sí. ¡Alfred estuvo además allí aquella noche! Le vieron. Incluso Nicole lo presentó a...

Se derrumbó en el sofá. El nombre acababa de acudir a sus labios: Gigí.

Gigí estaba, además, relacionada con Denis Romain, y sólo éste sabía que él había ido a visitar a la Vizcondesa de Landry. El «plástico» puesto en su coche demostraba que Denis tenía contacto con la

O. A. S.

Se pasó la mano por la sudorosa frente. Respiraba agitadamente. Ahora lo veía todo claro: Gigí debió presentarse en el hotel de Alfred y fue recibida por éste, pensando que le llevaba algún recado de su hermana. Ella le mató abusando de su confianza y buscó la agenda. Al no hallarla adivinó que la tenía Nicole y escribió la falsa carta en la que Alfred confesaba haberse suicidado. Dio aviso a sus compinches y Nicole fue raptada, pero tampoco encontraron la

agenda y Gigí creyó que Nicole se la había dado al periodista.

El círculo se cerraba.

—¿De quién sospechas, Ken?

Tiró el cigarrillo y bebió más coñac.

—Será mejor que no te mezcles más en esto. Vicky.

Es demasiado peligroso, ya lo has visto. Duerme y... hasta mañana.

Se dirigió a la puerta, pero antes de cruzarla oyó su nombre a su espalda.

Se volvió. Vicky tenía una expresión asustada.

Corrió hacia él y le besó, largamente, contradiciendo con su actitud sus anteriores palabras.

—Volveré, no temas.

En un taxi se trasladó a la casa de Gigí. Al subir por la escalera tenía los puños prietos y la firme decisión de arrancar a Gigí la confesión de cualquier forma. Recordaba el cadáver de Nicole y los distintos atentados que él mismo había sufrido.

Ante la puerta del apartamento escuchó. Todo estaba en silencio. Los vecinos dormían hacía horas y quizá Gigí también. En todo caso, no se escuchaba conversación alguna en su interior.

Llamó a la puerta. Pasó casi un minuto antes de que oyera ruido al otro lado.

Por fin se abrió y apareció Gigí, iluminada vagamente por una luz algo lejana. La muchacha vaciló.

—Oh, eres tú...

—Sí, querida. ¿No me dejas entrar?

—Iba a salir ahora.

—¿A dónde?

—Tengo... un asunto urgente que hacer.

—Entiendo —la empujó sin consideraciones y cerró, la puerta bruscamente—. Tienes que hacer los arreglos para que Procnic no hable, ¿verdad?

La muchacha parpadeó. Ken pulsó el interruptor, y el *living* se llenó de luz.

—¿Has bebido, Ken?

—Sí; un cáliz muy amargo. Kurt Procnic volvió a raptarme, pero fui más listo que él; su compinche yace en el fondo del Sena y él se halla en manos de la policía. Creo que la organización está a punto

de sucumbir. Y ahora he venido a por ti, Gigí.

—No entiendo...

—¡Oh, sí, te lo explicaré! No llevo prisa. Solamente saldremos cuando lo hayas confesado todo.

—Creo que te equivocas...

Quiso retroceder, pero Ken alargó el brazo y la sujetó rudamente.

—No intentes escapar.

La empujó violentamente a un sillón donde ella rebotó de mala manera.

—Y ahora, ¿confesarás?

—Ken, si has bebido...

¡Zas!

La bofetada encendió la mejilla femenina. Baxter tenía una expresión durísima que espantó a la muchacha. Engarfiadas las manos, el periodista sólo pensaba en Nicole y en las veces que él mismo había estado al borde de la muerte.

—Engañaste a Nicole, mataste a Alfred para buscar la agenda y luego a Nicole, creyendo que ella la tenía. Por último, al no hallarla, pensaste en mí... ¡Nicole te presentó a Alfred en el «Burlesque», e imaginaste que era una conquista suya! Pero se trataba de su hermano. Tú no lo sabías y por eso escribiste aquella falsa carta firmada por Alfred, que ha engañado a la policía... ¿Vas a negar todo eso, Gigí? ¡Contéstame!

Sus dos manos apresaron la garganta femenina y empezó a apretar. Gigí gritó, pero se quebró su voz.

Ken no oyó que la puerta de la cocina se abría y que Denis Romain aparecía con una pistola firmemente empuñada en su diestra.

—¡Suelta a Gigí! ¡Suéltala, Ken, o dispararé!

## CAPÍTULO IX

La orden restalló como un pistoletazo. Baxter se mordió los labios por su estupidez al no haber registrado previamente la casa. Debía haber imaginado que Denis estaría allí. Ahora lo había perdido todo, incluso su vida.

Aflojó las manos y retrocedió dos pasos. Gigí, cerrados los ojos, respiraba trabajosamente. Se acarició el largo cuello en el que se advertían las huellas de los dedos masculinos. Gemía, a punto de llorar.

—¡Retrocede, Ken! ¡Junto a la pared!

Obedeció el muchacho. Por segunda vez en aquella noche, estaba mirando de frente a la Muerte.

Cuando hubo llegado recibió otra orden:

—Vuélvete y apoya las palmas de las manos contra la pared, sobre tu cabeza. ¡Rápido!

El presidente del Club de Prensa le cacheó hábilmente en busca de armas, y al no encontrarlas redujo sus precauciones.

—Será mejor que no intentes nada. Ken, o lo lamentarás.

Acudió luego en auxilio de Gigí. La muchacha se estaba recobrando. Lloraba todavía, y de cuando en cuando se acariciaba el dolorido cuello. Denis le sirvió coñac y aquello la reanimó.

—Siento haber puesto fuera de circulación a tu verdugo, Denis —gruñó Baxter, con la rabia que le daba su impotencia.

Romain se volvió hacia él. Tenía todavía la botella de coñac en su mano y se servía una copa. En su rostro había un gesto duro, una cólera que contenía difícilmente. A pesar de ello escanció licor en otra copa y se la llevó al joven periodista.

—Quizá esto te hará ser más razonable.

—¿Vas a preguntarme tú también dónde está la agenda?

—Sí.

—Te diré lo que no he cesado de repetir desde que comenzó este

condenado asunto: no la he visto jamás. Y ahora, si te apetece, puedes disparar: voy cansándome de ser la víctima de todos.

—Bebe, Ken. Me he enterado de lo ocurrido, y sin duda, alguno de esos golpes te ha trastornado.

—¿Qué pretendes, Denis? No vas a conseguir nada tampoco con finos modales.

—¡Qué burro eres, Ken! Y eso es lo más delicado que se me ocurre. Tú crees que somos compinches de ese Kurt Procnic.

—No te molestes en negarlo.

—¿Por qué lo piensas?

—Gigí ha estado en esto desde el principio y sabe mucho más de lo que siempre me ha dicho.

—Eso es cierto.

—Ella conoció a Alfred, pero me lo negó.

—¿Y cómo interpretas eso?

—Sólo alguien del «Burlesque» pudo relacionar a Alfred con Nicole y luego a ella conmigo. Después estás tú: sólo a ti te dije que iba a la mansión de la vizcondesa y a la salida encontré en mi coche un saludo algo ruidoso.

—Los terroristas te seguían.

—¿No se te ocurre algo mejor?

—Sí; esto.

Sacó la cartera y de ella una credencial.

Según ella, Denis Romair, era agente gubernamental anti

O. A. S.,

y la firma del propio Presidente del Consejo garantizaba su condición de tal.

El muchacho plegó los labios, y en silencio devolvió el documento a su propietario.

—Siento destruir tu brillante teoría. Ken. Gigí trabaja para mí; es mi confidente dentro del «Burlesque», y está justificado el que no te confiara ningún secreto.

Bebió el coñac. Lo necesitaba realmente. Al otro extremo del *living*, Gigí se daba fricciones en el cuello.

Ken cruzó el espacio y se detuvo ante ella.

—De los muchos errores de mi vida, éste es el mayor.

—Estuvo a punto de costarme un poco caro —admitió la muchacha. Pero luego trató de sonreír, animosamente—. No te lo

censuro, a pesar de todo; a tu modo querías a Nicole, y por ella te perdono.

Se incorporó y prestó su mejilla al beso reconciliador.

Baxter se volvió hacia Denis Romain.

—Bien, dilo ya.

—¿El qué?

—Todo eso que guardas en el buche, los epítetos que creas justificados.

—Repito lo de Gigí. Yo también estaría enfadado si Procnic me hubiera capturado un par de veces.

—Espero que no lo suelten.

—Será difícil... a menos que tenga algún amigo en la policía.

—¿Quieres decir...?

—¿Por qué crees que el gobierno ha nombrado unos agentes especiales? Simplemente, porque nadie sabe quién es fiel en realidad.

—¿Tenéis alguna pista?

—No más que tú. También creo que en el «Burlesque» hay alguien que sirve de enlace.

—¿Alguna idea?

—No. ¿Tu instinto periodístico te ha hecho descubrir algo interesante? —preguntó Denis a su vez, con burla.

—Quizá. Nicole me escribió esta carta.

La mostró a Denis. El agente secreto la leyó, arqueadas las cejas.

—Así que eran hermanos —comentó al terminar de leerla—. Eso me aclara la situación. No acababa de comprender el papel de Nicole en esto.

Gigí se asomó por encima de Denis y se enteró del contenido de la carta.

—¡Y yo que pensé que era la última conquista de Nicole!

—Igual pensó el asesino. Por eso debe ser alguien del «Burlesque», alguien que después acudió al hotel de Alfred, quizá con un falso mensaje de Nicole, y fue recibido por el teniente sin recelos.

—Es una buena deducción —admitió Denis.

—Pero aún hay más. De la chaqueta de Kurt Procnic tomé su cartera sin que me viera nadie. ¿Qué crees que hay en ella? —preguntó, tendiéndosela a Denis—. Una tarjeta del «Burlesque», con

su dirección y teléfono.

—Ahora es cuando creo definitivamente que hay alguna relación entre ambas cosas. Interrogaremos a Procnic.

Marcó un número en el teléfono y habló sin citar nombres.

—Prepáralo todo para un interrogatorio... —dijo sin previo saludo.

—¿...?

—¿Cómo? ¿Muerto...? —Una pausa y luego—: ¿Joffre? Entiendo, iré ahora mismo.

Colgó el auricular y exhaló, un suspiro.

—Procnic ha muerto.

Ken mostró su asombro.

—No pensé que tuviera tan graves heridas...

—Mi enlace piensa lo mismo. Esa muerte ha sido demasiado oportuna.

—¿Quieres decir que ha sido provocada?

—No se sabe todavía. El inspector Joffre estuvo interrogándole a solas antes de que entrase en el quirófano, y cinco minutos después, Procnic murió.

—Dicho así, Denis, parece que fue Joffre quien...

—Antes te dije que uno no sabe nunca dónde tiene ayudas esa gente. Averiguaremos qué sucedió: la autopsia lo revelará. A propósito, Ken, según me dicen eres persona no grata por acusación de Joffre. Por lo visto has escapado y te andan buscando. En cuanto te atrapen serás encerrado hasta que salga el avión que te sacará del país. ¿Qué has hecho en realidad?

Ken se lo contó someramente.

—No debiste jugar por tu cuenta tantas bazas. Según veo, tu problema es grave y será preciso que busques buenos justificantes si deseas continuar viviendo en París. Os dejo. ¿O vienes conmigo, Ken? Quizá mi declaración pueda servirte de algo.

—Quiero hacer una cosa antes.

—Tú sabrás lo que te conviene.

—¿Dónde podré llamarte si te necesito?

El presidente del Club de Prensa le dio un número Gigí le miró con intención.

—Estoy muy cansada, Ken, y...

—Ya me voy, muchacha. Y, una vez más, *excuse moi*.

Ella le brindó sus labios, no obstante.

## CAPÍTULO X

Por segunda vez en aquella noche entró en el «Burlesque». La hora era muy avanzada, y la sala empezaba a vaciarse. El último pase del espectáculo había tenido lugar media hora antes, y en aquellos momentos la orquesta, fatigados sus componentes, se dejaban mecer por un *slow* lentísimo que permitía a las parejas estar abrazadas, en la pequeña pista en penumbra.

Baxter se detuvo en el último escalón y echó una ojeada. André no estaba a la vista y se deslizó hasta la barra. Un barman increíblemente pálido esbozó un saludo.

—¿Lo de siempre, señor?

Asintió Ken y recibió un ron. Ken lo paladeó. André seguía sin aparecer, y el barman, con la perspicacia del oficio, preguntó:

—¿Busca a alguien, señor?

—Sí; a André.

—Quizá se ha marchado. En todo caso, en el vestuario...

El muchacho abandonó el licor y fue hacia los servicios. Iba a entrar en el vestuario cuando oyó tras sí a Paul Monceau, el dueño.

—¿Qué busca ahora?

Se volvió. La expresión de Monceau era inquisitiva, agresiva, casi.

—Deseaba ver a André. No parece satisfacerle mucho mi presencia...

—Parece que usted no comprende que debe haber un orden en un negocio como éste.

—Oh, sí, pero un cliente...

—Déjeme decirle que no me resulta grata su presencia.

—¿Hay algún motivo especial?

—Sí.

—¿Acaso tiene tres letras:

O. A. S.?

Monceau apretó los puños y sus dientes rechinaron.

—Lárguese; ahora mismo.

—Todavía no he visto a André.

—Se ha marchado. ¡Salga de aquí! Tengo derecho a elegir mis propios clientes.

En aquel momento apareció André en la puerta del vestuario. Se había despojado de la chaquetilla blanca y parecía a punto de salir.

—Oí pronunciar mi nombre, y...

Ken volvió la espalda a Monceau y saludó al camarero.

—¿Tienes prisa?

Monceau rugió:

—¿Es que no me ha oído?

—Tendrá que llamar a la policía para echarme de aquí.

El dueño del local masculló una maldición y se abalanzó sobre el periodista. Éste esquivó el feroz puñetazo y alargó a su vez la izquierda. El duro puño se incrustó en el estómago de Monceau, haciéndole doblarse con un grito. Luego, su diestra, martilleó duramente el mentón, lanzándolo hacia atrás.

El propietario retrocedió hasta chocar con la pared opuesta. Desde allí, lentamente, resbaló al suelo, donde empezó a sacudir la cabeza, tratando de despejarla.

André estaba pálido.

—¿Qué ha hecho? Me despedirá.

Ken tomó del brazo al camarero.

—Lo siento, André; él me obligó a hacerlo... Si eso ocurre, yo te ayudaré.

Salieron de allí y fueron a la barra del bar. André no quería beber y Ken terminó su ron.

—Se trata de Nicole. Quería que me hablastes otra vez del último día que la viste, cuando te entregó la carta para mí.

André se encogió de hombros.

—Le dije cuánto sabía.

—Creo que hay algo más, alguna cosa que juzgaste sin importancia pero que puede tenerla.

—Temo defraudarle...

Baxter se pasó la mano por la frente. Desde unos días antes, en su mente estaba siempre fija una idea: hallar la agenda que había originado tantas muertes.

—Te lo explicaré, André, para que acabes de comprender. Vamos buscando algo que poseía Nicole y que nadie ha encontrado. Sabemos que Nicole estuvo aquí y que salió al encuentro de alguien. Ese alguien la mató para arrebatarse ese objeto, pero no lo encontró; por eso destrozaron mi apartamento, buscándolo, y luego me han raptado dos veces. Ellos creen que yo lo poseo, pero no es así. También han buscado en el apartamento de Nicole y en este local; no está en ningún sitio, pero Nicole lo tenía. ¿Dónde lo ha puesto? ¿Dónde está? Tuvo que dejarlo en algún lugar seguro, donde ella pudiera recogerlo en cualquier instante con facilidad, y al propio tiempo tuvo que ser accesible, pues lo dejó en el trayecto de este local al lugar de la cita.

Las palabras habían brotado a torrentes de los labios del joven periodista, creando una atmósfera apasionada. André, acuciado por aquella ansiedad, parecía también en trance, recordando.

—¿Es indiscreto preguntar de qué se trata?

—Te lo diré, pues confío en ti: era una agenda.

André abrió la boca y luego se dio una palmada en la frente.

—¡Una agenda!

Ken le cogió de las solapas, ansiosamente.

—¿La has visto?

—Sí, yo...

—¡Vamos, habla! —apremió el joven.

El camarero se desasí de las manos que le zarandeaban.

—Cálmese, señor Baxter. Yo... la vi en manos de Nicole, cuando después de escribir la carta para usted me pidió otro sobre y un sello de correos.

—¿Dices un sobre? ¿Y papel? ¿A quién escribió?

—A nadie, creo... Sólo escribió una dirección en el sobre y metió la agenda dentro... Eso es; no estoy seguro, pues no presté mucha atención, pero...

El cerebro de Ken trabajaba a gran presión.

—¿Qué hizo con ese sobre?

—Se lo llevó; a mí no me lo dio.

—¿Hay cerca algún buzón de correos?

—En la esquina hay un poste.

Baxter transpiraba por la excitación. El sudor resbalaba por su frente, y de un manotazo se lo quitó.

—Creo... creo que lo hemos encontrado. Gracias, André, no te arrepentirás.

Se dirigió a las cabinas de teléfonos. Henriette no estaba allí. Entró en una de ellas y marcó el número que le había dado Denis Romain. Cuando lo tuvo al habla, le dijo:

—Creo que sé dónde está: en Lista de Correos. Te explicaré cuando nos veamos allá.

Colgó. Al salir vio a Henriette, vestida para salir, junto al tablero de la centralita, recogiendo sus cosas. Ella le reconoció y salió de detrás del mostrador, cimbreado.

—¡Qué alegría verle, señor Baxter! —Se detuvo a un paso de él, con las manos en las caderas, en escorzo su agresivo busto. Sus dientes blanquísimos le daban un aire primitivo y sus rojos labios denunciaban su temperamento apasionado—. ¿Ha venido usted a buscarme, señor Baxter?

Ella se acercó un poco más y tomó la iniciativa de besarle.

Ken retrocedió, calmamente.

—Creo que hay alguien que te aguarda ahí fuera.

Henriette parpadeó.

—¿A mí?

Pareció confusa. En un instante se apagó su fuego seductor.

Sin despedirse, fue a la sala. Ken aprovechó aquella posibilidad para abandonar el local antes de que la telefonista reanudara su coqueteo.

Ascendía por la escalera que daba a la calle cuando vio ante sí, de pronto, la figura inconfundible del inspector Joffre que entraba en aquel instante.

El policía le mostró los dientes en una mueca de satisfacción. Tras él apareció Paul Monceau, con una señal rojiza en la barbilla.

—¡Ése es el tipo, inspector!

Joffre asintió.

—Lo conozco muy bien. Gracias por su llamada, Monceau. ¿Vamos, Baxter? Creo que por esta noche ya es suficiente.

Ken suspiró y resignadamente siguió subiendo. Al pasar junto a Joffre éste le cogió del brazo, con la dureza adquirida a lo largo de muchos años de llevar criminales.

Monceau tenía un brillo alegre en sus irritadas pupilas. Ken sintió deseos de escupirle, pero prefirió seguir adelante sin mostrar

a aquel tipo su cólera.

Una vez dentro del coche patrulla, Joffre gruñó:

—Hay cosas que no pueden hacerse en París, Baxter, aunque sus fines sean honorables. Esto no es una de esas tontas películas de Hollywood en las que el galán burla a la policía y captura al criminal. Va a lamentar haberse reído de nosotros.

—Ahórrese saliva, inspector, y preocúpese de sus asuntos.

Una vez en el despacho de la comisaría. Joffre le miró con dureza.

—Y ahora lo soltaré todo.

—¿Qué quiere que le diga? Usted debe saberlo ya. ¿No interrogó a Kurt Procnic?

—No pude hacerlo; murió.

—Ya; muy oportuna su muerte, ¿no?

Las mejillas del policía se tornaron verdosas. Muy lento, empezó a reducir la distancia que le separaba del periodista. Tenía prietos los puños y Ken supo lo que cientos de criminales habrían sentido antes que él al ver aquel gesto de Joffre.

—Voy a arrancarle esa lengua, Baxter...

—Eso no le permitirá encontrar lo que andan buscando. ¿Todavía piensa que la agenda la tengo yo?

—Eso no importa ahora.

—¿No? Es lógico. No hay prisa por hallarla... al menos representando a la Ley, En ella deben figurar los nombres de muchos amigos. ¿No es cierto? Puede que incluso esté el del inspector Joffre.

—Usted se lo está buscando, Baxter.

Le cogió de las solapas y lo alzó violentamente de la silla. El puño fue a golpear, y en aquel instante repiqueteó el teléfono. Ken recibió aquel sonido con el mismo entusiasmo que un boxeador *groggy* oye el gong que señala el final del asalto.

—¿Sí? —Ladró Joffre al auricular—. Lo tengo yo, claro está que sí. ¡No lo soltaré, no! ¡Al diablo! ¡Es mío!

Colgó el aparato como si deseara pulverizarlo. Le temblaba el labio superior y un tic nervioso le había cerrado casi por completo el ojo izquierdo. Nunca había visto a Joffre tan fuera de sí, tan enloquecido como en aquel instante.

—Bien, Baxter, continuaremos esta conversación.

—Piénselo antes de seguir adelante, Joffre. Estoy en contacto con agentes anti

O. A. S.;

colaboro con ellos. Precisamente me están esperando.

—Ya lo sé. Romain acaba de llamar y ya ha visto cómo le he tratado. En cuarto a usted...

—Debe estar loco, Joffre, para seguir con su idea. A Procnic le harán la autopsia para saber de qué murió, y en cuanto a mí... Denis Romain me necesita mucho. No complique más su situación.

—¿Se atreve a darme consejos?

Ken vio avanzar al encuentro de su rostro un puño enorme, de prominentes nudillos.

## CAPÍTULO XI

La puerta se abrió con cierta brusquedad, y Joffre se volvió, colérico.

—¿No he ordenado que no me molesten?

Denis Romain, bajo el dintel, echó una ojeada al interior del despacho. No tenía la expresión simpática de otras ocasiones. Sus ojos eran demasiado duros y su boca era sólo una línea fría.

Cerró tras sí y avanzó hasta detenerse frente al inspector.

—Esto es demasiado, Joffre. —Luego miró a Ken cuyos labios había un hilo de sangre—. Si yo doy un informe...

—¡Usted no puede meterse en esto!

Se volvió en redondo y le fulminó con la mirada.

—Baxter es más importante para mí... y voy a llevármelo.

—¡No lo consentiré!

Romain se dirigió al teléfono y lo alzó de su horquilla.

—Hablaré con el Elíseo.

Empezó a marcar, pero, antes de que terminara, Joffre gruñó:

—Está bien.

Colgó Denis.

Ken se pasó la mano por la barbilla.

—Muy oportuna tu aparición, Denis.

—¿Qué es eso? ¿Sangre?

Baxter esbozó una sonrisa y miró a Joffre.

—Tropecé con la puerta.

Abandonaron el despacho. Fuera, les aguardaba el coche de Romain. El cielo parisino empezaba a iluminarse muy tenuemente por el este. Al sentarse en el asiento delantero, junto a su amigo, Ken se sintió cansado y magullado. Aquella noche quedaría grabada en su recuerdo, como una de las más agitadas de su vida.

—¿Te ha molestado Joffre? —preguntó Denis al maniobrar para salir de la zona de aparcamiento.

—Es un poco brusco. Me odia o... ¿Qué has averiguado en torno a él?

—Me han dado un avance rápido de la autopsia de Procnic. Al parecer, su muerte fue producida por lesiones internas al caer del coche. No había nada anormal.

—Eso descarga a Joffre de sospechas, ¿no?

—Así es. No hay nada que haga suponer que tiene alguna relación con las personas que buscamos.

Ken encendió un cigarrillo.

—Por tu expresión se diría que lo lamentas, Baxter —comentó el agente, con cierta burla.

—Uno se encuentra bastante desamparado a veces frente a un hombre al que, nominalmente al menos, respalda la Ley.

—Te comprendo, muchacho. Y ahora háblame de tu información. ¿Cómo sabes que la agenda del teniente Conti está en la «Poste Restante»?

—Anduve averiguando algo en el «Burlesque». El mismo camarero que me dio la carta de Nicole me dijo que ella había pedido otro sobre, en el que metió una agenda. Si Nicole la tenía en su poder al salir del local y ya no la llevaba cuando fue atrapada por el camino, es de suponer que ella puso la agenda en un buzón. Y precisamente en la esquina de la rue Sommerard existe uno.

—Es una buena deducción. Ahora sólo falta saber a qué nombre envió el sobre.

—Creo que eso es elemental. ¿A qué nombre enviarías tú por correo un paquete que desearas recuperar en cualquier momento y que no te fuera entregado hasta que tú lo desearas?

—Tu viveza de reportero ha dado con la solución, Ken. Nicole se lo envió a sí misma, a la «Poste Restante».

—Exacto. Vamos allá.

El coche de Denis rodaba a toda velocidad por las todavía poco frecuentadas calles de París. Ken, demasiado fatigado, se adormiló brevemente acunado por la vibración del vehículo. Cuando éste se detuvo, Denis le tocó el brazo:

—Hemos llegado, Ken.

Subieron las escaleras del edificio principal de Correos y entraron en el amplio vestíbulo. La somnolencia de Ken desapareció como barrida por el viento al ver un grupo, de gendarmes hablando

excitadamente ante una de las ventanillas.

Denis masculló una maldición.

—¿Qué es eso?

Se acercaron. El presentimiento de Ken quedó confirmado al ver el rótulo de la sección: «Poste Restante».

Romain interrogaba a unos y a otros buscando la verdad de lo ocurrido.

El empleado, canoso y pálido todavía, balbuceaba:

—Yo... no podía imaginar que una señorita tan joven y tan hermosa...

—Vamos, termine, ¿qué ocurrió?

—Me preguntó si había alguna correspondencia a nombre de Nicole Daru. Yo miré y encontré un sobre abultado. Naturalmente, le pedí su documentación que acreditase su personalidad y... ¿saben lo que hizo?

—Díganoslo usted y acabaremos antes.

El empleado tosió.

—Oh, pues... abrió el bolso y... sacó ¡una pistola!

—¿Una pistola? —repitió Denis.

—Eso es; me apuntó con ella y me ordenó que le diera el sobre. Yo..., claro, tuve que obedecerla. ¡Hubiera disparado de no hacer caso!

Ken escuchaba en silencio, prietos los puños, buscando la posible filtración de la noticia.

Lentamente, procurando no llamar la atención, se despegó del grupo mientras Denis continuaba el interrogatorio, cada vez más furioso. Una vez en la puerta, salió rápido.

El coche de Romain tenía puesta la llave del encendido. Sin dudarlo, subió a él y lo puso en marcha. Velozmente se alejó de allí, en busca de la mujer que había llegado antes que ellos a la Oficina de Correos.

Detuvo el coche en la esquina y aguardó durante unos instantes hasta comprobar que nadie le observaba. Luego abandonó el coche y cruzó la calle hasta entrar en un bar que acababa de abrir sus puertas. Naturalmente no había clientes, y la mujer de la limpieza, al verlo, resopló:

—Todavía no ha bajado Maurice, pero lo llamaré...

—No hace falta. Sólo quiero hablar por teléfono.

Descolgó el auricular, metió una ficha y marcó un número, obturando con su espalda la visión de la curiosa mujer.

Desde donde estaba podía ver la puerta de la casa.

El teléfono repiqueteó al otro lado de la línea, y un momento después, una voz femenina preguntó:

—¿Quién?

Era cauteloso su tono. Ken sonrió con expresión resuelta y aguardó. La voz, un tono más aguda, repitió:

—¿Por quién pregunta? ¿Qué desea?

Baxter continuó silencioso. Le llegó un gruñido y luego el golpe del auricular al caer sobre la horquilla. Ken no se apartó sin embargo, ni cortó la comunicación, esperando.

Un momento después se alzó el auricular al otro lado y un dedo nervioso empezó a marcar un número, pero casi al instante la mujer se dio cuenta de que continuaba su línea ocupada.

Un dedo frenético golpeó repetidamente la horquilla, tratando de cortar la comunicación que le impedía usar la línea. A continuación se hizo el silencio y el teléfono volvió a su soporte.

Ken imaginaba el nerviosismo de la mujer. Casi podía verla con la imaginación ir de un lado a otro, con la acuciante sensación de estar siendo vigilada y de saber que un registro podría descubrir lo que acababa de robar de la Oficina de Correos.

Una vez más el auricular se alzó, como con timidez, muy suavemente, quizá tratando de que nadie captara aquella nueva intencionalidad de establecer una comunicación imposible mientras él no colgara su auricular.

Sonrió. Ella había abandonado por fin su idea de llamar a alguien. Había conseguido Baxter atemorizarla, máxime cuando ella desconocía quién podía haberla incomunicado.

Ken aguardó. La mujer de la limpieza preguntó:

—¿No le responden, señor?

Desde el bar podía ver la puerta de la casa. Bajo el dintel apareció de pronto una figura airosa, con un pañuelo a la cabeza y grandes gafas de sol cubriéndole buena parte del rostro. Una gabardina ceñida a la cintura ocultaba casi su atractiva figura.

Ken abandonó el auricular colgando del hilo y fue a la puerta. Por fin había conseguido arrancarla de su casa, atemorizarla hasta el punto de obligarla a acudir al lugar de reunión.

Vio cómo ella miraba en todas direcciones buscando a la persona que la siguiese, y al ver la calle solitaria pareció tranquilizarse algo. Un taxi surgió en aquel instante en la bocacalle y la mujer hizo un gesto con la mano. El vehículo se acercó al bordillo y ella desapareció en su interior.

Ken dejó que el taxi doblara la esquina y luego corrió al coche que había arrebatado a Denis. Saltó a su interior y lo lanzó tras el vehículo que conducía a la mujer.

Manteniéndose a prudencial distancia, fue siguiendo al taxi. Llegaron al Sena, y el taxi bordeó los barracones y tinglados de los almacenes. Ken, prudentemente, se desvió y siguió por un callejón paralelo al que seguía el taxi a fin de no ser visto. En cada cruce divisaba al coche, objeto de su persecución, seguir el cauce del Sena.

Al fin lo vio detenerse. Frenó él a su vez, y desde donde se encontraba vio que la mujer abonaba el importe. Después de desaparecer el taxi, ella caminó por entre unos tinglados. Baxter descendió a su vez del coche de Denis Romain y trató de no perder de vista a su perseguida.

Ella debió llegar al lugar preciso porque se detuvo una vez más y repitió su precaución de observar si alguien la veía.

Cuando lo halló todo a su satisfacción, llamó a la puerta con señal convenida: un golpe, tres seguidos y dos espaciados.

La herrumbrosa puerta se abrió y apareció un tipo macizo, con el tórax cubierto con un grueso jersey azul marino y gorra de lobo de mar. Debió reconocer a la recién llegada porque la dejó pasar, y tras una nueva ojeada a la calle cerró a su vez y el barracón quedó silencioso, como si nadie hubiera dentro.

Un momento después, Ken recorrió el mismo trayecto y se detuvo ante el barracón. Sin dudar, llamó con la misma señal utilizada por su predecesora. Los golpes resonaron opacamente en la quietud del amanecer y con todos los nervios en tensión aguardó a que la puerta se abriese.

Se oyó un cerrojo y un instante después cedió la puerta. El mismo guardián de antes asomó la cabeza.

—¿Quién...?

Baxter se abalanzó contra la hoja de madera con tal ímpetu que atrapó el cuello del vigilante en el quicio. Fue un golpe seco y

durísimo, como el de una guillotina rudimentaria. El puño de Ken completó la acción con un gancho demoledor en la misma punta de la barbilla que envió por tierra al enorme guardián. Baxter lo arrastró dentro y cerró la puerta a su espalda.

Se encontraba en un almacén desordenado donde se apilaban cajas y fardos. Entre la mercancía, no obstante, había una especie de pasillo que daba acceso a una puerta cerrada al fondo.

Se trataba de un despacho bien montado, con sillones confortables incluso. En uno de ellos estaba la mujer que había seguido. Se había despojado de las gafas y del pañuelo que cubría sus cabellos, y su belleza radiante y agresiva era perfectamente reconocible a través de la mínima mirilla.

Era Henriette.

Ken lo había sabido cuando conoció el robo de la oficina de Correos.

Trató de divisar a la persona con la que ella hablaba, pero no lo conseguía por estar situada fuera de la línea de visión de la cerradura.

Una voz tras él, de pronto, le dio idea de su audacia.

—Lo verá más cómodo si entra.

Quiso volverse agresivamente, pero la misma voz advirtió, subrayando la amenaza con la presión de un revólver en las costillas:

—Si quiere enterarse del final no le aconsejo que repita conmigo lo que le ha hecho a Raymond.

Miró por encima de su hombro al que hablaba. Era un hombre tosco, un tipo que era fácil encontrar en los muelles del Sena. No se había afeitado desde hacía días, y eso le confería un aspecto más siniestro. Su mano era firme al apretar el revólver de corto cañón.

—Abra la puerta y entre. Les gustará su visita.

Ken obedeció mansamente. Sabía que no era posible rebelarse por el momento.

Hizo girar el tirador y empujó. Henriette se volvió al escuchar la puerta y palideció al reconocerle.

—¡Señor Baxter...!

Pero el muchacho no miraba a la telefonista del «Burlesque», sino a la mujer situada tras el ancho escritorio, erguida la altiva cabeza y penetrantes sus bellos ojos.

El periodista vaciló, visiblemente turbado. La revelación era demasiado abrumadora.

—Vizcondesa...

Ella irguió aún más su bello perfil.

—Ha sido usted demasiado testarudo y Henriette excesivamente estúpida —la mirada que lanzó sobre la Telefonista del «Burlesque» hizo que ésta se encogiera, atemorizada—. ¿Ha venido usted solo, Baxter?

—Sí. Yo también he sido estúpido.

—Regístrale, Barbet.

El que le había sorprendido le pasó las manos por el cuerpo, hábilmente.

—Va desarmado, señora.

—Está bien; ahora llama a Raymond.

—Él lo dejó... fuera de servicio por un buen rato.

—Veo que tengo una cuadrilla de estúpidos a mi alrededor. Espero que no seas tú uno de ellos, Barbet. Echa una ojeada fuera y comprueba si ha venido solo.

El matón arqueó las cejas.

—¿Quiere que deje de vigilarlo?

La vizcondesa de Landry sacó del cajón una pistola automática de pavonada superficie.

—No temas por mí. ¡Haz lo que he ordenado!

Barbet abandonó el despacho y quedó Ken frente a la vizcondesa. No era ella en aquel instante la mujer dulce y temerosa que había estado tan próxima a él en el Bois de Boulogne, sino un cerebro frío en un cuerpo espigado y fibroso.

—Qué sorpresa, Ana —exclamó Baxter sin moverse de su sitio—. ¡Y yo que confié en usted!

—No ha sido el primero.

—Lo imagino. También Alfred Contí creyó en su dulzura y... lo pagó con la vida. Igual le ocurrió a Nicole, ¿verdad? Usted era una dama enredada en un asunto que la horrorizaba, y ella, la chica del arroyo, capaz de todo por dinero... de todo... excepto matar.

—No haga melodramas, Baxter. Es demasiado tarde ya.

—Si —Ken asintió sin aparentar miedo—. Mañana, o quizá pasado, una barcaza chocará contra un cuerpo flotando en el Sena, y unas horas después, la cadena de periódicos americanos para la

que trabajo publicará en recuadro negro la noticia de mi muerte. ¿Qué le dirá usted a Vicky, vizcondesa?

—¡No la mezcle a ella en esto!

Ken sonrió.

—¿No conoce la índole de las actividades de usted?

—¡Le he dicho que no la nombre! —La pistola tembló en su mano.

El muchacho encendió un cigarrillo, con desenvoltura.

—¿Sabe? Creo que estoy enamorado de ella. ¡Es una chica tan... distinta a todas! No es ligera ni frívola, pero amará locamente al hombre que sepa despertar su corazón. Ella necesita un hombre que la comprenda y que la rodee de esa ternura que ansía su alma. La he besado y... creo que yo puedo ser ese hombre. Sin pecar de vanidad, le diré que si se lo pidiese se casaría conmigo. Sólo ocurre que me creo demasiado poco para ella. Por eso será mejor que apriete usted el gatillo.

La vizcondesa se irguió, muy pálida.

—No crea que va a ablandar mi corazón. Baxter.

—No lo intento siquiera. No hay en usted nada capaz de sensibilizarse. Durante toda su vida ha engañado a todos y ha creado en torno suyo una aureola de cariño que es falso —rió brevemente—. Todavía recuerdo con qué encendidas palabras me habló Denis de usted. ¡Pobre Denis! Qué lejos está de suponer la verdad.

—No la conocerá nunca.

—Sí; eso creo. ¿Valía mucho para usted esa agenda?

La vizcondesa le miró con suspicacia.

—¿A qué viene tanta conversación?

—Sospecho que si dejo de hablar nos pondremos demasiado trágicos pensando en nuestra próxima muerte, ¿verdad, Henriette?

La muchacha se encogió más en su asiento.

—¡Cállese, Baxter! —ordenó la vizcondesa.

—Oh, vamos, vamos, enfrente usted misma con la realidad, y confíese que va a matar a Henriette también.

La telefonista se tensó al escuchar aquellas palabras y miró horrorizada a su jefe.

—No seas más estúpida todavía, Henriette —cortó la vizcondesa la incipiente rebelión.

—Usted no es sincera. Henriette ha conseguido esa agenda porque escuchó mi conversación telefónica con Denis y se apresuró a obrar por su cuenta. Asaltó la oficina de Correos y se llevó el sobre que Nicole se había dirigido a sí misma antes de acudir a la cita con usted, vizcondesa. Algo debió hacerle pensar que usted era más peligrosa de lo que aparentaba...

Ken se aproximó con toda normalidad al escritorio, pero la vizcondesa le contuvo:

—¡Quieto, o tendré que matarle yo misma!

El periodista sonrió.

—La creo muy capaz. No le costó mucho deshacerse de Nicole, ¿verdad?

—No tuve nada que ver en eso; fue cosa de Procnic.

—¡Oh, mi buen amigo Kurt Procnic! Pero no irá a decirme que él también se encargó de Alfred... Eso lo hizo usted en persona. Él no podía desconfiar de usted, de la madre de Vicky. La recibió con todos los honores y... usted le pagó en plomo. Usted creyó que él tenía la agenda y se llevó una buena sorpresa al no hallarla, por eso siguió adelante sin detenerse ante ningún delito. Esa agenda era muy valiosa, ¿no?

—No le importa.

—Oh, sí. ¿Verdad que dice cosas muy significativas, Henriette? Porque no irás a decirnos que no has leído su contenido, ¿eh?

La muchacha palideció. La vizcondesa apretó los labios.

—Responde, Henriette. ¿La has leído?

—Claro que sí, Ana —rió Baxter, tratando de distraer a la aristócrata—. Henriette no sería mujer si no lo hubiera hecho. La curiosidad suele ser demasiado fuerte en vuestro sexo. ¿Qué leíste, Ana? ¿Los nombres de la organización en París? Pero algo más también, ¿no?

La muchacha bajó los ojos y se mordió los gordezuelos labios. La vizcondesa comprendió que Baxter tenía razón.

—No debiste hacerlo, Henriette —dijo—. Tú sabes que no me gusta la curiosidad.

Ken sonrió para sus adentros. Estaba a punto de salir airoso de la situación. Sólo necesitaba distraer un poco más a la vizcondesa a fin de darle tiempo a Henriette a sacar la pistola que llevaba en el bolso y con la que había asaltado al funcionario de la «Poste

Restante».

—¿Usted cree, sin embargo, Ana, que podrá seguir engañando por más tiempo a Denis?

Ella se volvió.

—Hace años que está enamorado de mí...

—Pero ya está demasiado cerca de la verdad.

Henriette estaba sacando su pistola lentamente. Los dos cambiaron una mirada de inteligencia. Por un instante, eran aliados de la misma empresa.

—Incluso hablamos de usted.

—¿Qué es lo que hablaron?

—Le interesa, ¿verdad? Tiene que saber hasta dónde sospecha Denis para volverle a engañar...

Henriette había levantado la pistola, y Ken creyó ver cómo el índice se curvaba sobre el gatillo.

Pero la puerta se abrió en aquel instante y...

¡Bang!

El disparo de Barbet alcanzó a Henriette de lleno. La muchacha soltó la pistola y cayó de bruces. La vizcondesa, rabiosa, se volvió en redondo y luego se encaró con Baxter.

—Usted lo estaba viendo.

—Sí —suspiró el muchacho—, pero su asesino apareció demasiado pronto.

Los ojos femeninos eran dos agujas de hielo. No habría piedad en ella después de aquello.

—Por fortuna llegué a tiempo, señora —rezongó Barbet.

—Tardaste demasiado.

—Fui a por los muchachos.

—Está bien; llévatelo.

—Sí, señora.

—También a Henriette.

—La cargaremos con lastre e irá al fondo del Sena.

Barbet empujó rudamente a Ken con la pistola asesina y el muchacho se dirigió a la salida. Aún cruzó una mirada con la vizcondesa, pero ésta desvió el rostro y se dirigió a su escritorio como si algo reclamara urgentemente su atención. Baxter salió del despacho y se encontró en el almacén.

Dos tipos siniestros, dignos compañeros de Barbet, aguardaban

allí. Uno de ellos graznó:

—Buena puntería, Barbet.

—No fue difícil. Vamos, tenemos que dar un paseo. El que había hablado se situó junto al periodista y le puso una manaza en el hombro.

Salieron del barracón. El sol iluminaba aquella parte del Sena arrancando destellos poéticos a las aguas. Ken, sin embargo, no podía apreciar la belleza del amanecer, teniendo tras sí la Muerte. Con vaga esperanza miró a su alrededor, ansiando ver algún gendarme, pero lógicamente no había nadie, ni un solo testigo.

Las pistolas habían desaparecido en los bolsillos, prudentemente, pero a través de estos Ken notaba la presencia amenazadora de las armas.

El camino descendía en dirección a los muelles. Los tres asesinos le condujeron hacia un yate envejecido y mal pintado. Sus pasos resonaban sobre las húmedas losas del muelle, siniestramente.

Uno de ellos inició el descenso por una escalera también de piedra, y justo cuando Baxter iba a seguirle, se oyó una voz autoritaria, surgiendo detrás de una pila de fardos:

—¡Alto en nombre de la Ley!

Barbet se revolvió al tiempo que sacaba la pistola. Ken no aguardó a saber de dónde procedía aquella voz: era su última oportunidad y tenía que aprovecharla aunque le fuera en ello la vida.

Se abalanzó sobre el asesino de Henriette y lo empujó al suelo. Ambos rodaron golpeándose salvajemente por la posesión de la pistola. Los dos compañeros de Barbet empezaron a disparar, pero desde detrás de los fardos zumbó el plomo.

Uno de los matones abrió los brazos y con un alarido se precipitó de espaldas en las negras aguas del Sena. El otro quiso huir, pero una pistola le detuvo con sus disparos.

Ken pugnaba por soltarse en aquel instante de las garras de Barbet. Éste parecía haber enloquecido y toda su furia se descargaba sobre el periodista.

Baxter se revolvió y logró meter una rodilla en el vientre de su enemigo. Ferozmente le golpeó e hizo palanca con ella. Barbet aulló y saltó por el aire, pero al caer se apoderó de la pistola.

El periodista saltó sobre él, sacando energías de no sabía qué

lugar de su cuerpo. Pisó aquella mano sin piedad hasta que oyó el crujido de los huesos. Barbet maldecía y chillaba como si lo matasen. Ken no se apiadó. Como si toda su vida hubiera luchado en los peores puertos del mundo, soltó un puntapié a la boca de Barbet que le reventó los labios y le destrozó varios dientes. El golpe estranguló el grito y el asesino se desplomó violentamente, golpeando la cabeza contra las losas.

Sintiendo que todo le daba vueltas, Ken se mantuvo en pie, abiertas las piernas en compás, sangrando de una ceja y con un infinito cansancio en su cuerpo.

Varios gendarmes salieron de distintos lugares, y Denis fue el último en llegar.

—Has merecido esa paliza, Ken.

El muchacho se pasó la mano por la frente.

—Luego te burlarás de mí, Denis. Ahora... debes enfrentarte a la realidad. Ahí arriba encontrarás la agenda y... el cerebro que manejó todos los hilos.

La expresión del agente cambió.

—¿Quién es?

Un coche salió en aquel momento de un garaje situado junto al barracón. Baxter apremió:

—¡No la dejéis escapar!

Un gendarme alzó la pistola y apretó el gatillo.

La bala acertó en un neumático y el coche derrapó. La velocidad era excesiva y la vizcondesa no era suficientemente hábil.

El vehículo chocó contra un muro, dio tres vueltas de campana, y trazando una parábola dramática, fue a caer al Sena.

Denis corrió a la orilla con sus agentes detrás, organizando el salvamento.

Media hora después, desencajada la expresión, volvió Denis.

En silencio se sentó tras el volante. Parecía haber envejecido treinta años. Ahora sí representaba su verdadera edad. Había dejado de ser en un instante aquel hombre maduro, fuerte y jovial, al que el triunfo mantenía en pie.

—Debiste haberme preparado para verla, Ken. Ella... pudo hablar algo antes de morir y... me lo contó todo.

—Lo siento, Denis. Yo tampoco lo supe, y mi sorpresa no ha sido menor a la tuya. Yo... pensaba pedir a Vicky en matrimonio.

El agente anti

O. A. S.

sacó una agenda de piel de cerdo y la hojeó.

—Esto me lo dio antes de... morir —estaba mojada, pero se leía su contenido—. Aquí hay una lista de colaboradores y algo más: Ana era propietaria de unos pozos petrolíferos en el Sahara. De esos yacimientos, de los almacenes de la Compañía, salía buena parte del plástico utilizado en actividades terroristas. Como sabes, se utiliza para las prospecciones petrolíferas. Ella... tenía miedo de perder sus yacimientos si Argelia se independizaba...

—Es triste. Lo siento, Denis. Ambos hemos salido heridos de esta aventura.

El agente le miró con expresión dolorida.

—No, tú no. Podrás casarte con Vicky.

—¿Habiendo sido el que desenmascaró a su madre?

—Es que no pienso ensuciar su nombre. Es ya lo único que me queda y no deseo renunciar a ello: será, al menos, un recuerdo que nadie me podrá ensuciar.

—Pero... su participación en los hechos y su muerte...

—Esta agenda me dará la posibilidad de desenmascarar a todos sin mencionar su nombre, y en cuanto a su muerte... ha sido víctima de un desgraciado accidente. Tú mismo fuiste testigo, ¿no es cierto?

Había lágrimas en los ojos de aquel hombre firme e íntegro.

—Sí, Denis; fue un desgraciado y terrible accidente.

Cuando, terminado el registro del barracón y recogidas todas las pruebas, abandonaron aquellos lugares, Ken preguntó a su amigo:

—¿Cómo llegaste tan oportunamente?

—Vinimos detrás de ti; te vi desaparecer en Correos y permití que te fueras para seguirte. Un coche patrulla con radio me permitió reunir toda esta fuerza por el camino. Ibas tan absorto siguiendo a Henriette que no volviste ni una sola vez la cabeza para mirar si te seguían a ti también.

Luego, Denis se sumió en un profundo silencio.

Era una losa de mármol negro de dos metros por uno de ancho, incrustada en el suelo del cementerio. Un cincel hábil había grabado el nombre de la vizcondesa y la fecha de su muerte. Ken,

algo apartado, vio cómo el general Aubert depositaba un ramo de hermosas flores sobre la lápida mientras trataba de mostrar la firmeza de su carácter. Vicky tembló junto a Baxter. Iba vestida enteramente de negro y con ello, su rostro y su cabeza adquirirían un realce delicioso. Ken mostraba su luto con la negra corbata.

Pensaba en los acontecimientos de los últimos días, y en que muy pronto sólo formarían parte de un recuerdo muy lejano. Denis había conseguido evitar el escándalo y nada en la agenda acusaba al general Aubert. Las páginas que hacían referencia a la culpabilidad de la vizcondesa habían desaparecido misteriosamente y nunca volverían a encontrarse.

Ken apretó más el brazo femenino y susurró:

—Creo que sería discreto dejar solo a tu padre, ¿no crees, Vicky?

La muchacha asintió. Silenciosamente se apartaron de aquel solitario rincón del cementerio, y estrechamente cogidos del brazo abandonaron la última morada de los muertos.

En la puerta del cementerio estaba el nuevo coche de Ken, un modelo americano demasiado llamativo para sentir un luto.

Al sentarse en el asiento delantero, Ken enlazó a la muchacha por la cintura.

—Yo crearé para ti una vida hermosa, Vicky.

Ella le sonrió. Baxter la estrechó contra su pecho y la besó largamente, abandonándose a la caricia que ponía punto final a una peligrosa etapa de su vida.

FIN



APARECERA LA PROXIMA  
SEMANA EN ESTA COLECCION

Keith Luger  
**Horóscopo:  
Mañana  
morirá**



Precio: 7 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**







# MINI libros

Las más grandes  
aventuras,  
el más pequeño  
formato

**MINILIBROS**  
serie Oeste

**4**  
ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**





# BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

**COLECCION "PIMPINELA"**  
816 — G. Colomer  
MARISOL ELIGE MAMA

**COLEC. "MADREPERLA"**  
712 — Carlos de Santander  
DOBLE ENGAÑO

**COLECCION "ROSAURA"**  
656 — Corín Tellado  
AQUEL HOMBRE Y YO

**COLECCION "ANAPOLA"**  
543 — Jaime BURGOS  
LUCHARE POR TI

**COLECCION "ALONDRA"**  
477 — Mary Vidal  
EL TRIUNFO DE UNA MUJER

**COLECCION "CAMELIA"**  
413 — Celia Bravo  
UN HOMBRE NUEVO

**COLECCION "CORAL"**  
91 — Corín Tellado  
UN MISTERIO EN SU VIDA

**COLECCION "CORAL"**  
92 — Corín Tellado  
EL DESENGAÑO DE NANCY

**COLECCION "BISONTE"**  
337 — John Lack  
TORNADO BUDD

**Col. "SERVICIO SECRETO"**  
621 — Joe Mogar  
GANGSTERS EN BROADWAY

**COLECCION "BUFALO"**  
454 — M. Lafuente Estefanía  
MUERTE A PLAZO FIJO

**COLECCION "TEXAS"**  
322 — Tex Taylor  
GUARIDA DE FORAJIDOS

**COLECCION "COLORADO"**  
246 — M. Lafuente Estefanía  
CUANDO FALLA LA LEY

**COLECCION "KANSAS"**  
212 — M. Lafuente Estefanía  
GRANUJAS DEL YUCON

**COLECCION "CALIFORNIA"**  
301 — Fidel Prado  
ALMAS RUINES

**Col. "HEROES DEL OESTE"**  
194 — M. Lafuente Estefanía  
CAZADOR DE VENTAJISTAS

**COL. "ASES DEL OESTE"**  
164 — A. Rolcest  
LINEA DE LA MUERTE

**COLEC. "BRAVO OESTE"**  
76 — Keith Luger  
EL PUMA ASESINO

**COLECCION "PUNTO ROJO"**  
10 — Mikky Roberts  
¡PLASTICO!

Las obras más selectas, los autores más populares,  
la presentación más sugestiva, los hallará siempre  
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona  
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires





**FIRMAS QUE REPRESENTAN A  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

---

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina  
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,  
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-  
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B  
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO  
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y  
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717  
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43  
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17  
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este  
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-  
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egoz Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336  
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN  
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520  
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485  
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-  
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.







Nº 1479

**Agnes Laurent  
Cristian Marquand**

Destacada pareja de actores franceses, protagonistas de la película "Altas variedades", rodada en Barcelona.



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España • Printed in Spain

